

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 36
Octubre 2025

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Oriente Medio, un escenario en el que la normalidad es la guerra de todos contra todos. Israel-Irán: una rivalidad regional de décadas que no podía sino desembocar en la guerra

La *guerra relámpago* que Israel y Estados Unidos desataron contra Irán, iniciada la noche del 12 de junio pasado, ha sido bautizada como la «guerra de los 12 días», en imitación de la «guerra de los seis días» de junio de 1967, cuando Israel entró en conflicto contra la coalición árabe formada por Egipto, Siria y Jordania y, con una serie de ataques sorpresa, logró derrotar a los tres ejércitos conquistando la península del Sinaí y la Franja de Gaza (arrebataadas a Egipto), Cisjordania y Jerusalén Este (arrebataadas a Jordania) y los Altos del Golán (arrebataados a Siria). En los tratados posteriores, Israel, bajo la supervisión de Estados Unidos y Gran Bretaña, devolvió el Sinaí a Egipto, tomó el control directo de los territorios palestinos de Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este, y mantuvo la ocupación de los Altos del Golán, que Siria no pudo recuperar.

Pero la *guerra relámpago* de junio de 2025 de Israel y Estados Unidos contra Irán no obtuvo una victoria tan ostentosa, en palabras de Tel Aviv y Washington. Según muchas fuentes consideradas fiables (CNN, NYT, etc., y las propias fuentes oficiales de la inteligencia estadounidense y de la Agencia Internacional de Energía Atómica), el bombardeo masivo israelí sobre objetivos militares y de infraestructura iraníes y la intervención estadounidense contra las instalaciones de enriquecimiento nuclear de Natanz y Fordow y el centro de investigación científica de Isfahán, con nada menos que siete bombarderos B2 capaces de transportar las ya famosas bombas de 13 toneladas llamadas *bunker buster* (capaces de perforar la corteza terrestre a una profundidad de entre 60 y 100 metros), no han producido la destrucción total de las instalaciones de producción y enriquecimiento nuclear tan alabada por Trump y Netanyahu. Pero tampoco han provocado una reacción militar por parte del régimen iraní, más allá de sus amenazas verbales, que podría haber desencadenado otro conflicto armado que habría sumido a Irán en una crisis económica y social capaz de sacudir el propio régimen islámico y abrir, al mismo tiempo, la opción de un cambio de régimen con características más favorables a Occidente. Israel

estaría más interesado que Estados Unidos en una situación de inestabilidad prolongada del régimen iraní, porque Israel sobrevive a condición de que toda la zona de Oriente Medio — como demuestran las situaciones en el Líbano, Siria e Irak — sea permanentemente inestable para poder hacer valer sus intereses específicos de miniimperialismo regional, consolidando la relación de dependencia económica, financiera y militar con Estados Unidos, para el que, por otra parte, siempre ha desempeñado el papel de gendarme regional de confianza. El poderoso lobby judío estadounidense siempre ha desempeñado un papel importante en la política exterior de Washington, tanto para los demócratas como para los republicanos, y, al igual que ayer para Obama y Biden, hoy para Trump, ninguno de ellos ha tenido nunca la intención de poner en peligro su fuerte apoyo. Sin embargo, sigue siendo un hecho que Trump, y la facción económica y financiera que representa, ven sobre todo en China al principal enemigo de hoy y de mañana, contra el que tejer una red de intereses y relaciones en todas las áreas estratégicas del mundo, en particular Europa, Oriente Medio, Indo-Pacífico, América Latina, reconsiderando también algunos países del África Sahel y del Cuerno de África para contrarrestar la penetración rusa y china.

Pero, ¿por qué Tel Aviv, sin duda con el acuerdo de Washington, ha desatado una guerra de este tipo contra Irán, desplegando la fuerza militar que Trump considera necesaria para... la paz?

La razón principal, difundida por Tel Aviv y Washington, y aceptada sin rechistar por todas las potencias de Europa occidental, era que Irán parecía estar muy cerca de fabricar la bomba atómica, lo que representaba un peligro mayor que una guerra contra Israel, las bases militares estadounidenses en Oriente Medio y los países árabes aliados de Estados Unidos (el «gran Satán», como lo llamó Jomeini). Las noticias difundidas por la propaganda belicista israelí y estadounidense se basan en los informes de la AIEA (Agencia Internacional

(*sigue en pág. 2*)

De los Mozos ha hablado...

La clase burguesa española no tiene, ni ha tenido nunca, grandes técnicos, intelectuales o dirigentes. Al contrario que otras burguesías europeas, como la francesa, la británica o la italiana, que lucharon con las armas en la mano contra el mundo feudal en sus respectivas revoluciones y guerras de sistematización nacional y que, espoleadas por las necesidades que les creaba esa situación, forjaron en su seno al menos a elementos técnicos capaces de hacer valer la fuerza de la clase emergente, la burguesía española siempre ha estado tocada por esa indolencia característica de aquellos a quienes todo les ha caído en las manos sin apenas esfuerzo. Sólo con el desarrollo de un capitalismo nacional equiparable al del resto de naciones desarrolladas apareció, pero ya muy tardíamente y bajo formas aberrantes, una capa social de técnicos o intelectuales netamente burgueses que se hizo cargo, más mal que bien, de la dirección de las necesidades del capital. Por eso extraña, en un país como España, ver a cualquier tipo de personaje dedicado a esta dirección y que a la vez tenga unas miras siquiera medianamente amplias.

(*sigue en pág. 16*)

EN EL INTERIOR

- De la guerra comercial a la guerra armada, una espiral que solo puede romperse con la lucha revolucionaria de clases del proletariado.
- Amadeo Bordiga convertido en mercancía como «personaje histórico», es decir, como ícono inofensivo.
- Incendios, ¿casualidad? ¿tragedia? No, beneficio capitalista y control democrático.
- El objetivo del proletariado palestino no es una imposible «patria palestina», sino la lucha de clase que una a los proletarios por encima de las divisiones nacionales.
- Intento de pogromo y razias contra los inmigrantes en Torre Pacheco
Una única salida: la lucha de clase, por encima de toda división nacional, étnica o racial
- Sobre la huelga del metal de Cádiz.

Oriente Medio

(viene de la pág. 1)

de Energía Atómica, cuya misión oficial es supervisar el desarrollo de la energía nuclear en los países miembros de las Naciones Unidas para usos civiles; dicha agencia había documentado que Irán había logrado hasta ahora enriquecer uranio en un 60 % aproximadamente, mucho más de lo que se necesita para usos civiles, pero aún bastante lejos del 90 % necesario para usos militares, objetivo al que, sin embargo, podría haber llegado en unos años. Obviamente, como siempre ocurre con las instituciones internacionales de este tipo, en sus informes se difunde al gran público la interpretación de los datos que más conviene a las grandes potencias dotadas de armamento nuclear (1) (Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña, Francia y China, signatarios del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP), e India, Corea del Norte y Pakistán, que no lo han firmado, además de Israel, que nunca ha declarado oficialmente poseer armas nucleares, aunque dispone de unos noventa ojivas nucleares).

No es la primera vez que Netanyahu da la voz de alarma sobre la bomba atómica iraní. Retrocedamos unos años. En 1995, según una entrevista concedida a CBS News, Netanyahu declaraba: «*Irán será capaz de producir por sí solo, sin importar nada, bombas nucleares en un plazo de tres, máximo cinco años*». En 1996, en una intervención ante el Parlamento israelí, declaró que «*el tiempo [para actuar contra Irán] se está agotando*»; en 2006, en la red social Headline Prime, escribió: «*Irán podría fabricar 25 bombas atómicas al año, lo que significa que en 10 años podría tener 250*». En 2012, Netanyahu vuelve al tema y anuncia en la revista ITB Times News que «*[Irán] está muy cerca. En seis meses poseerá el 90 % del uranio enriquecido con el que podrá fabricar bombas nucleares*»; pasan tres años y, en 2015, vuelve a advertir: «*Irán es peligroso. En pocas semanas tendrán el material necesario para crear un arsenal de bombas nucleares*»; otros tres años más tarde, en 2018, entrevistado por la CNN, declara: «*[En Irán] tienen la capacidad*

para fabricar armas nucleares en muy poco tiempo, si quisieran» (2). No hay duda de que Irán no carecía ni carece de los conocimientos técnicos necesarios, y esa es precisamente la razón por la que, en las últimas semanas, los israelíes, gracias a una red de infiltrados muy eficaz, han logrado matar en poco tiempo, además de a varios jefes militares, a varios científicos que participaban en el programa nuclear. Y ciertamente no faltaba la voluntad del régimen iraní —más allá de las conocidas declaraciones del líder supremo Jomeini, en las que proclamaba su oposición al uso de armas de destrucción masiva— de dotarse de un armamento nuclear a la altura del que ya posee Israel, por lo que, desde hacía muchos años, había puesto en marcha un programa nuclear no solo para uso civil, sino también militar, aunque este último fue interrumpido en varias ocasiones en virtud de los distintos acuerdos firmados con Estados Unidos, Rusia y Europa. Incluso desde la instauración de la República Islámica y su actitud antioccidental, el programa nuclear con fines militares se ha interrumpido, reanudado y desarrollado en varias ocasiones hasta la fecha, y las instalaciones de Natanz, Isfahán y Fordow (este último situado a más de 90 metros de profundidad bajo la montaña), que han sido el objetivo principal de los bombardeos primero israelíes y luego, sobre todo, estadounidenses con los famosos B2, lo confirman.

Pero hay una diferencia entre las iniciativas militares israelíes y las estadounidenses, tanto en lo que se refiere a la guerra contra los palestinos en Gaza y Cisjordania como a la guerra contra Irán (y contra el Líbano y Siria). Israel añade sistemáticamente a su papel de brazo armado estadounidense en Oriente Medio sus objetivos específicos de poder regional, tanto en territorio palestino como frente a los demás países de la región, empezando por los vecinos Líbano, Siria, Jordania y Egipto, con los que ha tenido continuos motivos de enfrentamiento en los últimos sesenta años. Israel está inmerso en el mundo árabe e islámico, y este hecho añade a los factores imprescindibles de la competencia burguesa y capitalista un elemento más de enfrentamiento desde el punto de vista religioso, dada la influencia secular sobre las grandes masas del islamismo contra el que el judaísmo ha luchado desde siempre. Siempre han sido los intereses económicos fundamentales de las respectivas burguesías los que han movido a los ejércitos unos contra otros; y la necesidad de ampliar la supremacía sobre los territorios económicos de la misma gran zona geopolítica —en este caso, Oriente Próximo y Oriente Medio, que comprende, además de los países ya mencionados, los países de toda la península arábiga entre el golfo Pérsico y el golfo de Omán, el mar Rojo y el golfo de Adén, Irak, Irán, Afganistán, pero también el norte de África, Chipre y Turquía— ha seguido agravando cualquier pequeño desacuerdo entre países vecinos, separados por un brazo de mar.

La intervención de las potencias imperialistas, ya desde la Primera Guerra Mundial y el colapso del Imperio Otomano, no ha «pacificado» toda la zona, como decían los vencedores de 1918, sino que, más bien, ha aumentado las razones para la competencia y el enfrentamiento, llevándolas a niveles cada vez más graves y mundiales: el petróleo y las vías de comunicación entre Europa continental, el Mediterráneo y el Océano Índico han sido y siguen siendo hoy en día las razones fundamentales por las que todas las potencias capitalistas, desde los imperialismos más antiguos hasta los nuevos imperialismos y las nuevas potencias regionales, se ven empujadas a reavivar los conflictos y las guerras; cada uno de ellos quiere asegurarse al menos una porción del pastel de Oriente Medio. Si Oriente Medio siempre ha sido definido como *una región atormentada*, no es por un recurso periodístico, sino para subrayar un estado permanente de inestabilidad objetiva, en parte también deseada por las potencias capitalistas dominantes.

LA FUERZA RESPALDA LA DIPLOMACIA, NO AL CONTRARIO

El actual intervencionismo militar de Trump parece chocar con su propagandística política de «pacificación» de las guerras en curso. La iniciativa militar de Israel contra Teherán, en los mismos días en que la Casa Blanca estaba discutiendo con el Gobierno iraní precisamente sobre su programa nuclear, ha sorprendido en parte a los medios internacionales. Pero los intereses imperialistas estadounidenses en la zona están tan entrelazados con los intereses de la burguesía israelí que impiden a la Casa Blanca desautorizar abiertamente las iniciativas de Tel Aviv, que, por lo general, están acordadas. Y es evidente que forma parte de sus intereses mutuos no solo impedir que Irán se dote de armamento nuclear, sino también restringir al máximo la influencia que Teherán tiene y podría tener en todo Oriente Medio y Asia Central. Por lo tanto, la entrada de Estados Unidos en esta *guerra relámpago* contra Irán también ha tenido el papel de quitarle la iniciativa a Israel, controlar sus movimientos y subrayar la primacía de la Casa Blanca también en esta zona en la que sus intereses pueden ser atacados o simplemente cuestionados. El hecho de que el ataque militar contra Teherán tuviera o no el objetivo de poner en serios aprietos al actual régimen islámico, facilitando tarde o temprano un cambio de régimen (ya sea mediante un golpe de Estado o un levantamiento popular alimentado y dirigido específicamente, como ocurrió en Ucrania), es en cierto sentido secundario; es obvio que los imperialistas estadounidenses y las potencias occidentales preferirían tener en Teherán un régimen no tan hostil, aliado además con Rusia y en excelentes relaciones con China. Pero para derrocar el régimen islámico iraní se necesita mucho más que un ataque aéreo, por muy intenso que fuera el de aquellos famosos «12 días», en el que, por cierto, los mortíferos B2 estadounidenses con sus bom-

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

La Rosa de Foc

C/ Joaquim Costa 34 bj
08001 - Barcelona

Librería ANTIliburudenda

Maiatzaren Biko Kalea, 2,
Ibaiondo, 48003 - Bilbao

Enclave de Libros

C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

bas antibúnker no lograron destruir los reactores para el enriquecimiento de uranio (mientras que el uranio enriquecido parece haber sido trasladado a otros lugares seguros antes de los bombardeos estadounidenses).

Pero, ¿se trató realmente de una *guerra relámpago*, un acto de fuerza que abre las puertas a acuerdos favorables a Estados Unidos? El hecho de que la breve intervención estadounidense contra las instalaciones nucleares iraníes haya detenido la intervención israelí, dando tiempo a Washington y Teherán para reanudar las conversaciones sobre el programa nuclear iraní —facilitadas en su momento por una respuesta militar iraní a los bombardeos estadounidenses con el lanzamiento de misiles contra la base estadounidense en Qatar, ampliamente anunciada en Washington y que solo causó algunos daños materiales y ningún muerto— debe considerarse como una tregua temporal, no como el comienzo de una paz en Oriente Medio que, a través de las negociaciones con Irán, podría extenderse a todos los países de la zona. Se trata siempre de paz imperialista, es decir, de una tregua en el enfrentamiento militar con Irán —enfrentamiento que la América de Trump no tiene intención de agravar ni ampliar en este momento— para dedicar sus fuerzas y sus recursos económicos, financieros y militares a otros escenarios, como el del Indo-Pacífico, del que, no por casualidad, casi ya no se habla, pero que en las estrategias imperialistas estadounidense y china cobra cada vez más importancia; un tablero que aún no tiene el potencial para emerger como el más importante en absoluto para el nuevo orden mundial, pero con el que también las demás potencias imperialistas se ven obligadas, y tienen interés, en medirse.

Por otra parte, todas las guerras desencadenadas hasta ahora y, en cierto modo, terminadas, no solo han servido para contrarrestar temporalmente las crisis económicas que atormentan continuamente a los países capitalistas avanzados, sino también para poner a prueba nuevas estrategias y técnicas militares, nuevas políticas de alianza y de confrontación, y para sondear la resistencia o el debilitamiento de las viejas alianzas y tratados interestatales y sentar las bases para nuevas alianzas. Crisis que las propias superpotencias son incapaces de controlar, no por falta de voluntad «política» por su parte, sino debido a contradicciones económicas estructurales que ningún régimen burgués tiene la posibilidad de prevenir y resolver de una vez por todas. Y el atormentado Oriente Medio es un escenario en el que los regímenes burgueses han dado y siguen dando ejemplo de cómo el capitalismo, una vez que ha logrado desarrollarse en sus formas más modernas y ha llegado a constituir la base de Estados que no pueden sino estar al servicio de los intereses del gran capital, de los grandes monopolios y, por lo tanto, del imperialismo— no tiene otra salida que las clásicas ya definidas por el marxismo revolucionario: explotación cada vez más intensa de la fuerza de trabajo as-

lariada, mayor opresión de las poblaciones más débiles por parte de los Estados más fuertes económica y militarmente, mayor necesidad de dominación por parte de los Estados más fuertes para asegurarse territorios económicos cada vez más vastos y rentables desde el punto de vista capitalista, contradicciones cada vez mayores y más agudas, tanto desde el punto de vista económico como social, aumento de los factores de enfrentamiento político y militar entre los diferentes países y los diferentes bloques militares, mayor recurso a la guerra para combatir el inexorable aumento de la sobreproducción tanto de mercancías como de capitales e imponer un nuevo orden tanto regional como mundial.

LA GUERRA IRAQ-IRÁN DE LOS AÑOS 80: EJEMPLO DE UNA FALSA GUERRA RELÁMPAGO Y DE UN CAOS PERMANENTE REAL

Irán ya había sido arrastrado a una guerra, cuarenta y cinco años antes, a raíz de antiguos conflictos con Irak relacionados con Shat al-'Arab. En 1980, poco más de un año después del derrocamiento del régimen del Sha y del establecimiento de la república islámica en Teherán, Irak, apoyado por la URSS, invadió la provincia iraní de Juzestán (rica en petróleo y habitada por árabes), desencadenando contra Irán una guerra (llamada Guerra del Golfo) por el control del Shatt al-Arab, el río que nace de la confluencia del Tigris y el Éufrates y desemboca en el Golfo Pérsico; una guerra que, según las intenciones de Saddam Hussein, debía ser breve, *relámpago*, pero que, en cambio, resultó ser particularmente larga y sangrienta (terminó en 1988 con una matanza que, según las fuentes, parece haber causado más de un millón de muertos por cada bando); una guerra «a la antigua usanza», «de trincheras», pero que al final no cambió las fronteras anteriores a la guerra, constituyendo así, inevitablemente, un factor permanente de conflicto entre los dos países que, tarde o temprano, puede desembocar de nuevo en la guerra (3). Dada su posición estratégica, sobre todo por el paso de los petroleros que, tras atravesar el estrecho de Ormuz, se dirigen tanto al este, a través del océano Índico, como al oeste, a través del mar Rojo y el canal de Suez, se entiende por qué las potencias imperialistas, empezando por la URSS y los Estados Unidos, estaban particularmente interesadas en apoyar a uno u otro país, tanto militar como política y económicamente, según el curso de la guerra y la diversificación de los intereses contingentes de unos y otros. A pesar de la sangrienta guerra desencadenada por Irak, el régimen jomeinista no se tambaleó, sino que logró compactar a la población hasta tal punto que incluso reclutó a niños a partir de los 6 años y se ganó el apoyo de toda la población a pesar de la profunda crisis económica en la que se había sumido. El régimen jomeinista también logró obtener el apoyo del partido opositor más fuerte de Irán, el partido

nacional-comunista Tudeh («Partido de las Masas»). Esta cohesión popular en torno a la «defensa de la patria», característica en general de los países democráticos en su lucha contra los «totalitarismos», resultó ser un aglutinante muy eficaz, sobre todo porque estaba impregnada de confesionalismo, en este caso islámico. Más allá de las diferencias entre chiismo y sunismo, el control religioso, reforzado con el tiempo y transformado en un arma en manos de los clanes y las familias que ejercen el poder económico, político y cultural en determinados territorios. En parte, la propia pertenencia religiosa ha facilitado y facilita la alianza, incluso política, entre países, comunidades y clanes, pero no es algo automático. Por ejemplo, el apoyo de Teherán al régimen de al-Assad en Damasco no tiene nada que ver con la pertenencia de ambos al islam y con algunas especificidades del chiismo. En realidad, el chiismo iraní y el alauismo de los al-Assad tienen muchas diferencias en la concepción de la práctica religiosa: por ejemplo, los alauitas no tienen mezquitas, la República Islámica de Irán y los ayatolás no tenían nada en común con la Siria laica, supuestamente «socialista» y en la que se habían impuesto los alauitas, pero sí tiene que ver con el hecho de que, a través de los pasdaran iraníes acogidos por Siria en el valle de la Bekaa, Teherán podía apoyar a las milicias de Hezbolá en el Líbano, dominado por cristianos maronitas, suníes y ortodoxos griegos, extendiendo así su influencia política y religiosa.

Como en toda guerra, los negocios relacionados con el suministro militar se desarrollan a gran velocidad y siempre afectan a ambos bandos beligerantes. Irak contaba sobre todo con la URSS y los países árabes del Golfo, intimidados por el contagio de la revolución islámica jomeinista, y con el suministro de armas también por parte de Italia, Francia y Gran Bretaña. Irán, a pesar del jomeinismo, que consideraba a Estados Unidos como el «gran Satán», podía contar con las relaciones establecidas con Washington para resolver la llamada «crisis de los rehenes» estadounidenses capturados en el asalto a la embajada estadounidense en Teherán durante la «revolución islámica», pero sobre todo en Israel, que quería contrarrestar por todos los medios el fortalecimiento de Irak de Saddam Hussein en la región y que, durante los años de la guerra contra Irak, suministró a Teherán armas y municiones por valor de varios miles de millones de dólares; huelga decir que cuando se habla de Israel no se puede olvidar a su padrino multimillonario, los Estados Unidos de América.

Las iniciativas militares de Israel contra Irán, que comenzaron con el intento de eliminar la capacidad militar de Hezbolá, destruir Hamás y atacar a los hutíes yemeníes que habían tomado partido a su lado, continuaron en paralelo a la operación de arrasar la Franja de Gaza, diezmado a la población allí atrapada, reocu-

(sigue en pág. 4)

Oriente Medio

(viene de la pág. 3)

pando por enésima vez el sur del Líbano, ampliando la ocupación del Golán (con el pretexto de defender a los drusos que allí viven) y amenazar con incursiones militares en toda la zona en caso de que otros países u otras milicias reaccionaran militarmente contra Tel Aviv. En repetidas ocasiones, los medios de comunicación se han preguntado cómo es posible que Israel, un país de casi 10 millones de habitantes, no tema enfrentarse a un Irán que cuenta con 90 millones de habitantes. Evidentemente, no es solo una cuestión de números. Israel, aunque se constituyó como Estado independiente de forma artificial, con un fuerte apoyo político, económico y militar, inicialmente por parte de Gran Bretaña y posteriormente por parte de Estados Unidos, y en un territorio en el que podía contar con antiguos orígenes étnicos y religiosos y con la debilidad estructural de la economía tanto palestina como de todos los demás países árabes —, en el transcurso de veinte años se ha desarrollado y estructurado económicamente como una verdadera potencia capitalista moderna en el corazón de una vasta zona caracterizada por un desarrollo laborioso, lento y extremadamente contradictorio del modo de producción capitalista, dedicada más a la pequeña y mediana agricultura que a la industria y dominada por estructuras políticas extremadamente estratificadas, de clanes y tribus. La burguesía israelí no ha necesitado hacer una revolución política para derrocar el dominio feudal y el despotismo asiático para que el capitalismo «ya presente» pudiera expandirse con todo su poder, como ocurrió en Europa en el transcurso de unos siglos; el capitalismo moderno fue importado e impuesto en Palestina, con todos sus horrores y su potencial económico, directamente por la burguesía judía procedente de Europa y América. En cierto sentido, en Palestina ocurrió, en parte, lo que había ocurrido en América: el capitalismo más desarrollado de Europa se implantó en América sin tener que pasar por una revolución antifeudal; en Palestina y en Oriente Medio, el capitalismo ya estaba presente gracias a la colonización francesa y británica, desarrollándose especialmente —como en todas las colonias dominadas por las potencias colonizadoras europeas— en aquellos sectores (puertos, minas, pozos petrolíferos, etc.) que más interesaban a las potencias colonizadoras desde el punto de vista del fortalecimiento de su dominio sobre los mercados internacionales. Lo que faltaba era una gran masa de proletarios, de trabajadores asalariados que pudieran ser explotados a pleno rendimiento con el fin de valorizar cada vez más el capital invertido. E Israel, en cierto sentido, marcó el camino en todo Oriente Medio, transformando a las masas campesinas palestinas en proletarios puros, despojándolas de todo, de sus parcelas de tierra, de sus casas y de sus minúsculas relaciones comerciales. Y faltaba un Es-

tado fuertemente centralizado, sostenido por una población unida por profundos lazos religiosos y sociales, económicamente evolucionada y dispuesta a desempeñar el papel de gendarme en nombre del imperialismo occidental a cambio de un *espacio vital*, un territorio que arrebatar a la población sedentaria en el que implantar, precisamente, un Estado que no podía ser más que «una criatura del capital financiero» (4), creado expresamente como baluarte del imperialismo occidental, primero británico y luego estadounidense, contra las explosiones sociales de la ira de las masas explotadas en Palestina, en Oriente Medio y en África, y contra los intentos de penetración y expansión del imperialismo ruso en el tablero de ajedrez de Oriente Medio (y hoy, podemos añadir, del imperialismo chino, dadas las relaciones cada vez más estrechas entre Pekín y Teherán).

DE GUERRA EN GUERRA, LA «PAZ» SE CONVIERTE EN UNA TREGUANECESSARIA PARA REANUDAR LA GUERRA CON MÁS FUERZA Y DECISIÓN

En realidad, como hemos subrayado muchas veces, la paz que impone el imperialismo no es más que una tregua entre una guerra y la siguiente, independientemente de que la guerra se desate en las mismas zonas temporalmente «pacificadas» o en otras. El propio desarrollo del imperialismo como política de poder por parte de los Estados capitalistas más desarrollados, tanto económica como militarmente, *exige* que la política de conquista de nuevos mercados para sus mercancías y sus capitales, o de desarrollo de los mercados ya dominados, utilice todos los medios a su alcance para alcanzar los objetivos previstos y, en buena medida, necesarios para que se mantenga, defendida y, naturalmente, aumentada. Los medios no han cambiado con el tiempo: son políticos, diplomáticos, económicos, financieros y militares. Y no siempre el medio militar es el último en utilizarse. Es más, con el paso de los años y con la acumulación de factores de crisis inherentes al propio modo de producción capitalista, la política imperialista tiende a utilizar el medio militar no solo después de haber intentado todos los demás medios, sino simultáneamente o incluso antes que todos los demás, dependiendo de la gravedad de la crisis que atraviese tal o cual Estado imperialista.

El ejemplo de Israel es emblemático. Desde su constitución como entidad estatal en 1948, el enfrentamiento militar con la población palestina y con los Estados árabes de Oriente Medio se ha convertido en una necesidad de supervivencia desde todos los puntos de vista: desde la tierra sobre la que construir su propio Estado hasta el dominio político, económico y militar sobre la población palestina, a la que arrebatar sistemáticamente cada vez más territorios. La política de expansión de la burguesía israelí en detrimento de los intereses de la burguesía palestina y de los intereses de los campesinos y proletarios palesti-

nos coincidía con la política de las grandes potencias imperialistas y de los países petroleros de la región que, de vez en cuando, entraban en escena para promover sus intereses específicos, ahora a favor de los israelíes, ahora a favor de los palestinos. Fue el caso de Rusia, además de Gran Bretaña y, más tarde, de Estados Unidos y, posteriormente, también de Arabia Saudí y otros países del Golfo. El imperialismo es la política que adopta el capitalismo más desarrollado para engrandecer su poder en detrimento de los países más atrasados y débiles; es, al mismo tiempo, la política de la fase histórica en la que el capitalismo ha desarrollado hasta tal punto el capital financiero que ha sometido al capital industrial y agrícola a sus específicas necesidades de desarrollo. Ya no se trata solo de producir más mercancías a menor coste y conquistar mercados gracias a una potencia productiva más barata que la de los competidores, sino de desarrollar cada vez más la parte financiera del capital mediante la constitución de monopolios cada vez más grandes y capaces de imponer en los distintos mercados sus intereses comerciales, industriales y financieros. El capital financiero necesita ser invertido —desarrollando el crédito que, a su vez, genera deuda por parte de quienes se benefician inicialmente de él— y obtener un rendimiento en términos de ganancias y beneficios a la altura de los objetivos fijados. Esta circulación de dinero, de capital financiero, cada vez más vertiginosa y planetaria, no puede contar con un motor infinito. No solo las mercancías, sino también los capitales entran en competencia entre sí, acabando en una espiral cada vez más amplia e imparable, hasta provocar inevitablemente situaciones en las que la destrucción de mercancías y capitales se convierte en la conclusión «necesaria» para que se supere la crisis que atasca el mecanismo que produce beneficios y se reinicie el sistema capitalista general. ¿Y qué hay más destructivo que la guerra?

El imperialismo, que no es una forma de producción diferente, sino la política del capitalismo más desarrollada y monopolista, se caracteriza por la tendencia a destruir todo lo que obstaculiza su desarrollo y a oprimir cada vez más todo lo que consigue dominar. El capitalismo, por otra parte, está representado políticamente por la clase burguesa, que es una clase nacional y nacionalista por el simple hecho de que sus privilegios e intereses de clase dominante pueden defenderse con mayor fuerza si coinciden con los territorios en los que se han constituido los Estados: a cada Estado le corresponde un territorio con fronteras definidas dentro de las cuales ejercer el dominio directo sobre sus recursos naturales, sus poblaciones y, sobre todo, su fuerza de trabajo, la masa del proletariado, los trabajadores asalariados de cuya explotación la burguesía extorsiona lo que realmente la enriquece, la plusvalía, es decir, la valorización del capital: cuanto más aumenta la cuota de plusvalía en la jornada laboral del trabajador asalariado, más se valoriza el capital invertido en la producción y la distribu-

ción, y más aumenta la parte del capital que se transforma en capital financiero. El capitalismo, desde su nacimiento, se ha desarrollado en pocos siglos de manera impresionante, sometiendo a todo el planeta, incluso a los lugares más recónditos, a las leyes de su economía.

Al mismo tiempo, el desarrollo económico capitalista conlleva el desarrollo de las contradicciones que le son inherentes, aumentando también su fuerza destructiva, que desde hace más de cien años tiene como escenario el mundo entero. Por eso, las contradicciones que estallan en un país o en una zona geoeconómica tienen consecuencias, directas e indirectas, en todos los demás países y en todas las demás zonas. Hay zonas, como Oriente Medio, que, por toda una serie de razones históricas, económicas y políticas, irradian las consecuencias de sus contradicciones y crisis a todo el tablero internacional, involucrando obligatoriamente a todas las grandes potencias imperialistas, las cuales, a través de sus intervenciones directas, su falta de intervención directa o su apoyo «externo» a tal país o a tal coalición de países, determinan el nivel de agravamiento de las situaciones.

En los últimos años, el convulso Oriente Medio ha visto cómo su crisis se cruzaba con la estallada en Ucrania, es decir, con una crisis que ha golpeado por segunda vez, tras la antigua Yugoslavia, a Europa del Este; una crisis que se venía gestando desde hacía muchos años, en realidad desde el colapso de la URSS y la aparición del nuevo desorden mundial creado con este colapso. Hemos escrito mucho sobre Ucrania, por lo que no volveremos sobre ello aquí y remitimos a los lectores a los numerosos artículos dedicados a la guerra ruso-ucraniana, una guerra que no está terminando, a pesar de las declaraciones que Trump hizo durante la campaña electoral para las presidenciales estadounidenses y en los primeros meses de su Administración. El hecho es que, aunque se sigue prestando mucha atención a la situación creada en Oriente Medio en los últimos años, y aunque se cuenta con un Israel siempre muy activo en la lucha contra las iniciativas de las milicias de Hezbolá en el Líbano, de Hamás en Gaza, de los hutíes en Yemen o de los sirios, sin olvidar a los palestinos de Cisjordania contra los que siempre se ha movilizado, protegiendo a sus colonos, la Administración Trump tiende a calibrar de manera diferente las intervenciones en Ucrania y las relativas a la guerra que Israel está librando contra los palestinos en Gaza y Cisjordania. Para Trump no se trata en absoluto de retirarse completamente del escenario ruso-ucraniano, ni mucho menos del medio-oriental, sino de seguir haciendo que la Ucrania de Zelensky y el Israel de Netanyahu libren «guerras por poder» de las que obtener ventajas económicas, políticas y militares pagando un precio muy inferior al que ha pagado la Administración Biden. En cuanto a Gaza, sigue en pie el proyecto de convertirla en una ribera turística para ricos con la deportación de la mayor parte de los palestinos de Gaza a otros países; mien-

tras tanto, Israel sigue arrasando lo poco que queda en pie de Gaza y exterminando a la población, sobre todo mujeres, niños y ancianos, tanto con el bombardeo de los campos de refugiados como dejándolos morir de hambre, sed y enfermedades. Esta inmensa tragedia se está consumando con la complicidad de las cancillerías de Europa, Rusia, China y cualquier otro gran país del mundo, lo que demuestra que a las clases dominantes burguesas solo les importa el destino de pueblos enteros si con su intervención pueden obtener ventajas concretas, ya sean inmediatas o futuras. La diferencia de actitud de los distintos imperialismos hacia los palestinos y Ucrania radica en el hecho de que la Ucrania que saldrá de la guerra actual, país de antigua industrialización que puede renacer de la destrucción, no solo representa un posible baluarte contra las posibles ambiciones que Rusia podría tener, en el futuro, sobre otros países de Europa del Este, sino un gran negocio real para muchas multinacionales estadounidenses y europeas, y no solo en el sector armamentístico, mientras que Gaza y Cisjordania constituyen una especie de enclave dentro del Estado de Israel sobre el que el muy occidental Israel tiene sus propias pretensiones de anexión y de las que no tiene intención de retirarse. Israel es demasiado útil a los imperialistas estadounidenses y europeos como gendarme de sus intereses en Oriente Medio como para sofocar sus ambiciones; tanto más cuanto que el terrorismo que Israel difunde por todo el mundo mediorienta sirve para mantener oprimidas a las masas proletarias de todos los países de la región, impidiéndoles organizarse de forma independiente tras las revueltas con las que reaccionan periódicamente a las condiciones de vida y de trabajo intolerables. A diferencia de los países petroleros de la región, que al no disponer de la masa de mano de obra autóctona necesaria, deben procurársela no solo en los países de Oriente Medio, sino también en otros países asiáticos muy lejanos (India, Pakistán, Bangladesh, China, Filipinas, Tailandia, Afganistán), Israel ha reducido a la gran mayoría de los palestinos a proletarios a su disposición que, si quieren sobrevivir, no solo deben someterse a la represión sistemática de Tel Aviv, sino que se ven obligados a trabajar con salarios de miseria, sin la seguridad social prevista para los proletarios judíos mejor pagados.

Contra la retórica y la ilusión de los «dos Estados para dos pueblos», propagada durante décadas por todos los altavoces de la diplomacia internacional que habrían favorecido la constitución del Estado de Palestina después de la del Estado de Israel, la dinámica real de los movimientos nacional-burgueses tanto palestinos como de todos los demás Estados árabes existentes se ha encargado de echar por tierra una perspectiva que solo un gran y fuerte movimiento proletario internacional —como en los primeros años de la Internacional Comunista— podría haber sostenido, involucrando a los proletarios de los Estados capitalistas avanzados de Europa

(colonizadores de todo Oriente Medio) en el apoyo a movimientos burgueses, pero nacionalrevolucionarios y, por lo tanto, decididamente anticolonialistas, empujados a la lucha por su autodeterminación. Esa cita histórica que podría haber unido la fuerza del movimiento comunista proletario ruso y europeo con la fuerza de los movimientos nacional-revolucionarios de Asia —como en la gran perspectiva de la Internacional Comunista— se perdió sobre todo por la degeneración del partido bolchevique y de la IC que, con el estalinismo, anuló trágicamente toda posibilidad de que el movimiento proletario internacional aprovechara la victoriosa revolución de octubre de 1917, utilizando al mismo tiempo la fuerza de los movimientos nacional-revolucionarios burgueses para debilitar el frente de los imperialismos. China, entre 1925 y 1927, será el escenario en el que el estalinismo dará el golpe de gracia al movimiento proletario internacional y a los propios movimientos nacional-revolucionarios burgueses. En el atrasado Oriente Medio de los años treinta del siglo pasado, la implantación del capitalismo en Palestina por parte del sionismo no podía sino seguir el cínico y violento guion de un capitalismo y una burguesía que tenían prisa por alcanzar el éxito, lo que sólo podía lograrse mediante una auténtica guerra económica y social contra las masas palestinas. Así lo demostraron los levantamientos sociales contra los terratenientes palestinos y contra los colonizadores ingleses y sionistas por parte de las masas campesinas y del embrión de una clase obrera concentrada sobre todo en los puertos y en la refinería de petróleo de Haifa, entre 1921 y 1925, y de nuevo en 1929 y en 1933, que culminaron en 1936 con una poderosa huelga general urbana que duró seis meses: esta excepcional vitalidad de las masas explotadas de Palestina se vio sin embargo abocada al fracaso, sobre todo por la ausencia en Europa de un movimiento revolucionario proletario que apoyara la revolución palestina y por la contrarrevolución estalinista que abandonó en Palestina, como anteriormente en China y en todas partes del mundo, a las masas proletarias a merced de los contrarrevolucionarios y de la represión burguesa (5). La historia de Israel está marcada por continuas oleadas de expropiación que, desde 1948, no han cesado y continúan, con una violencia nunca antes vista, ante nuestros ojos en Gaza, con el beneplácito de todas, *ninguna excluida*, las potencias capitalistas del mundo, a pesar de no ser Hamás, y mucho menos la ANP, representantes de un movimiento revolucionario de signo proletario; porque es a un movimiento revolucionario del que el proletariado árabe podría, en un momento dado, ser protagonista, al que temen la burguesía israelí, palestina y de todos los demás Estados de la región. Al igual que en el quinquenio 1921-1936, el proletariado agrícola e industrial, no solo palestino, sino también libanés, sirio, iraquí y egipcio, al rebelarse contra las condiciones inhumanas en las que ha sido

(sigue en pág. 6)

Oriente Medio

(viene de la pág. 5)

sumido y en las que es mantenido por un capitalismo vampírico y nunca saciado —no importa si con petrodólares o dólares estadounidenses— podría hallar la fuerza para oponerse a las continuas guerras de saqueo y a la inevitable y temporal «paz» que las clases privilegiadas de todos los países negociarían con los imperialismos, para poner finalmente en la agenda la lucha de clases y la revolución anticapitalista. Por muy lejano que esté ese momento, es lo que temen todas las burguesías, imperialistas o no, y lo que intentan por todos los medios posponer el mayor tiempo posible.

IRÁN: ENTRE LAS RELACIONES INTERNACIONALES QUE SE OPONEN A ESTADOS UNIDOS (CON LOS BRICS) Y EL INTERÉS EN CALMAR EL CONFLICTO CON ESTADOS UNIDOS

Este panorama también está muy presente en Irán, situado como está en una zona geohistórica destinada a sufrir continuamente terremotos económicos, sociales, políticos y militares a cuya contaminación no es posible escapar. Por otra parte, Irán está situado, como escribíamos en 1979 (6), «en las rutas asiáticas de Rusia» y, por lo tanto, su destino está más que nunca «ligado al de la propia Rusia, tanto por razones sociales como estratégicas». Lo recordaba el propio Lenin cuando hablaba del «despertar de Asia» (7), debido tanto al desarrollo del capitalismo mundial como al movimiento ruso de 1905, no solo por las colonias, sino también por las semicolonias como China, Turquía y Persia. Los acontecimientos relacionados con la contrarrevolución victoriosa frente a la revolución de octubre de 1917 no favorecieron el liderazgo del proletariado revolucionario internacional sobre el movimiento social naciente en Irán; por el contrario, favorecieron al imperialismo, que convirtió a Irán en «un puesto avanzado de su cordón sanitario contrarrevolucionario» y, al mismo tiempo, gracias a la producción petrolera, en el objeto de la «revolución capitalista desde arriba», una «revolución» que debía hacerse «desde arriba», al estilo soviético, como se decía en aquella época, antes de que se hiciera «desde abajo».

¿Qué peso tiene Irán en el mundo?

Su riqueza en materias primas (sobre todo petróleo y gas natural), indispensables para la industria capitalista de cualquier país, le proporciona un potencial para crecer económicamente muy rápidamente, pero las sanciones de Estados Unidos y los países europeos, que le afectan desde la victoria de la llamada «revolución islámica» de 1979, que derrocó el régimen del Sha e instauró el régimen islámico de los ayatolá, y el consiguiente aislamiento internacional, han frenado y retrasado en parte el desarrollo industrial del país, haciendo que su potencial económico y financiero

dependa casi exclusivamente de la exportación de petróleo y gas natural. No obstante, desde el punto de vista del PIB, Irán ocupa el puesto 18 en la clasificación mundial; es el tercer país del mundo en reservas de petróleo y el segundo en reservas de gas natural (datos de la OPEP de 2022); está entre los diez primeros productores de petróleo del mundo (y su producción, cuyos costes por barril se encuentran entre los más bajos, alcanzó en 2024 su punto más alto de los últimos 46 años, superando los 900 000 barriles diarios); es el tercer productor de gas del mundo, después de Rusia y Estados Unidos. Naturalmente, dadas las sanciones estadounidenses, la exportación de petróleo iraní ha recibido en los últimos 40 años un golpe considerable si se compara con 1978, cuando aún estaba en pie el régimen del Sha (en aquel momento producía más de 5 millones de barriles al día); pero últimamente ha vuelto a producir, por ejemplo, en 2024, 4,3 millones de barriles de crudo diarios, más 725 000 barriles al día de otros productos líquidos, lo que supone un total de 5,1 millones de barriles al día. Por lo tanto, se ha recuperado mucho con respecto a años anteriores, siguiéndolo siendo un gran productor y exportador de petróleo, gracias también a China, que importa el 90 %. En realidad, las sanciones, eludidas de mil maneras tanto por Irán como por China, siguen siendo en su mayor parte teóricas, al igual que en el caso de Rusia. Un dato que permite comprender el valor de las sanciones contra el petróleo iraní: en 2024, las exportaciones energéticas iraníes alcanzaron la cifra récord de 78 000 millones de dólares, frente a los 18 000 millones de 2020 (8).

En 2019, en el artículo: «¿Se está preparando el imperialismo estadounidense para una guerra con Irán?» (9), retomábamos una afirmación del periódico de la Confindustria italiana «Il Sole-24 Ore» que, ante la política «antiiraní» de Trump (iniciada en mayo de 2018 con la retirada de EE. UU. del tratado internacional sobre proliferación nuclear, firmado en su momento por Obama junto con el Consejo de Seguridad de la ONU, es decir, con China, Rusia, Francia y Gran Bretaña, a los que se sumaron Alemania, la Unión Europea e Irán), afirmaba que Irán se estaba convirtiendo de nuevo en un *casus belli* para todas las potencias imperialistas directamente interesadas en Oriente Medio y para las potencias regionales que son aliadas o intermediarias de las potencias imperialistas en defensa de intereses recíprocos, entrelazados o contrapuestos con ellas. Es bien sabido que Irán, tanto en la época del régimen del Sha Reza Pahlavi (bajo la tutela de Washington hasta su caída), como en la época del régimen confesional de los ayatolá chífitas, desde Jomeini hasta el actual Jamenei (desde la revuelta popular de carácter islámico de 1979, fundamentalmente antiamericana, pero dispuesta a una «tregua» en el ámbito nuclear), siempre se ha presentado como potencia regional. La caída del Sha desplazó a Irán del eje imperialista aliado con Estados Unidos

hacia acuerdos con Rusia y China.

El *casus belli*, por lo tanto, estaría representado por el desplazamiento de Irán de la zona de influencia angloamericana en la que, antes que Israel, tenía el papel de gendarme del Occidente imperialista en Oriente Medio, una de las zonas más críticas y estratégicas del planeta, a la zona de influencia ruso-china que, además de constituir una sustracción significativa de un estratégico puesto avanzado imperialista occidental, podría desempeñar el papel de un valioso punto de apoyo para una defensa más sólida de las fronteras meridionales rusas y de salida al Océano Índico, así como para la penetración del imperialismo chino no solo en Oriente Medio, sino también hacia Europa y África. El imperialismo ruso, ya presente en Oriente Medio gracias a la Siria del clan al-Assad, del que había obtenido la concesión de dos importantes bases militares en el Mediterráneo, una naval (en Tartus) y otra aérea (en Hmeimim, cerca de la ciudad portuaria de Latakia), con el colapso del régimen de los al-Assad (alauita, por lo tanto chiíta) en diciembre de 2024 y la instauración del régimen islámico suní de al-Shara' (al-Jolani era su nombre de batalla), se ha visto en una situación muy difícil, dado su apoyo decenal a los al-Assad y a Irán. Pero el pragmatismo de al-Sahara', demostrado desde los primeros pasos del nuevo régimen, le ha permitido hasta ahora mantener abiertas todas las opciones posibles: con Rusia en el frente de las bases militares de Tartus y Hmeimim, para cuyo eventual acuerdo de concesión adicional, al-Sahara' pide a Moscú una contribución sustancial de miles de millones de dólares para la reparación de la guerra sostenida contra al-Assad; con Turquía, que lo ha apoyado en la guerra contra al-Assad y con la que tiene interés en llegar a un acuerdo con respecto a las milicias kurdo-sirias que han sido incorporadas al nuevo ejército sirio; con Estados Unidos y Arabia Saudí, para conseguir una reducción, si no la cancelación, de las sanciones existentes hasta ahora contra la Siria de al-Assad y para reanudar las relaciones económicas y comerciales recíprocas; con Israel, que desde 1967 ocupa una buena parte de los Altos del Golán y aspira a ocuparlos en su totalidad, pero con el que no tiene intención ni fuerza para sostener un conflicto armado.

Pues bien, lo que Irán también ha aprendido de las grandes potencias mundiales es a hacer que otros (Estados o milicias especialmente apoyadas), cuando tiene la oportunidad, libren una guerra por poder en defensa de sus intereses nacionales, como ha ocurrido con la Siria de al-Assad, Hezbolá en el Líbano (apoyado en la guerra contra Israel), los hutíes en Yemen (apoyados en la guerra contra Arabia Saudí) y Hamás en Gaza (también contra Israel). Por el contrario, no tiene ningún interés en un enfrentamiento directo con Estados Unidos, para lo cual, entre otras cosas, no podría contar con el apoyo militar ni de Rusia ni de China; con estas dos potencias ha establecido excelentes relaciones comerciales y políticas, en particu-

lar con China, pero son potencias que tampoco tienen interés en enfrentarse militarmente con Estados Unidos. Rusia, por su parte, sobre todo con la llegada de Trump a la presidencia estadounidense —más allá del teatro que Trump y Putin, de vez en cuando, con respecto a la guerra con Ucrania, montan ahora uno y ahora otro declarando su mutuo descontento—, si bien mantiene su objetivo de anexionar las provincias rusófonas del sudeste de Ucrania, siempre ha tratado de obtener de Estados Unidos un reconocimiento internacional que vaya más allá del inevitable acuerdo sobre la proliferación nuclear en el ámbito militar. Rusia, al salir del colapso de su imperio en 1989-91, no ha tenido la fuerza para oponerse con dureza al avance de Estados Unidos en Europa del Este y a la incorporación a la OTAN, en el plazo de veinte años, de casi todos los antiguos satélites de la Rusia estalinista; años en los que el suministro de petróleo y gas a las potencias de Europa occidental, sobre todo a Alemania, a precios competitivos permitió a Moscú participar de una parte vital de la economía mundial y utilizar el capital acumulado no sólo para el desarrollo económico interno, sino también para sostener su política imperialista en Oriente Medio, África, el Cáucaso y Asia Central. Pero cuando los estadounidenses y los británicos pusieron a Ucrania en sus objetivos inmediatos (políticos y militares), Moscú no pudo sino reaccionar: dejarlo pasar habría significado abandonar por completo la defensa de sus fronteras y de su economía —y, por tanto, de su fuerza— en manos de su principal competidor imperialista. Entonces, la guerra contra Ucrania, que se estaba deslizando rápidamente hacia los brazos de la OTAN, si aún podía evitarse como un enfrentamiento directo contra la OTAN, y por lo tanto contra los Estados Unidos (Ucrania no formaba ni forma parte, hasta ahora, ni de la Unión Europea ni de la OTAN), representaba sin embargo una acción justificada para que los misiles de la OTAN no se colocaran ante los muros del Kremlin. La presión angloamericana, utilizando a Zelensky y Ucrania como ariete occidental contra Rusia, formaba parte de la política imperialista de Washington, hasta el punto de comprometer de nuevo, financiera y militarmente, tanto a EE. UU. como a Londres y a las potencias de la Unión Europea, poco más de un año después del final de la desastrosa guerra de Afganistán. Si se necesitaba una demostración más de que la política imperialista consiste en todo tipo de guerras —diplomáticas, políticas, comerciales, financieras, militares—, la guerra en Ucrania es una demostración más. El mundo se ha vuelto demasiado pequeño para la sed de beneficios capitalistas que cada potencia imperialista intenta satisfacer; y el hecho de que todas las potencias imperialistas hayan tomado ya el camino del rearme y la modernización tecnológica de sus res-

pectivos armamentos no hace sino confirmar que las contradicciones cada vez más agudas del desarrollo capitalista no podrán afrontarse y resolverse más que de dos maneras: o con una guerra mundial que será aún más cruel y destructiva que las anteriores de 1914 y 1939, o con la revolución del proletariado internacional, que se fijará como objetivo histórico la destrucción de la causa originaria de las guerras imperialistas: el capitalismo, su modo de producción y de desarrollo. Entonces, las clases decisivas de la historia, la burguesía y el proletariado, renovarán el titánico enfrentamiento, ya intentado en los años de la victoriosa revolución en Rusia en octubre de 1917 y en las magníficas luchas del proletariado alemán, húngaro, italiano, chino, de los años veinte del siglo pasado, enfrentamiento del que el proletariado saldrá victorioso, a condición de haberse reorganizado en el terreno de la lucha de clases y de haberse puesto bajo la dirección del partido revolucionario de clase, teórica y políticamente sólido.

¿Estamos lejos de esta cita con la historia que el *Manifiesto* de Marx-Engels de 1848 había previsto y analizado? La clase proletaria, que representa **las fuerzas** productivas positivas, el trabajo vivo, se enfrentará necesariamente a las fuerzas conservadoras de **las formas** productivas que encadenan y aprisionan al mundo entero, condenándolo sistemáticamente a la guerra y a la destrucción. Ya sea lejana o cercana esa cita, los marxistas la interpretamos como la meta que necesariamente se alcanzará en un momento dado porque, como ha ocurrido en la historia anterior para todas las sociedades divididas en clases, el desarrollo de **las fuerzas** productivas no puede ser interrumpido por la voluntad de las clases dominantes de permanecer en el poder por toda la eternidad: serán las mismas fuerzas materiales, objetivas e incontrolables del modo de producción capitalista, que la burguesía dominante no sabe ni puede controlar a su antojo, las que harán estallar el sistema de producción de mercancías, el trabajo asalariado y el capital. Todo esto no sucederá por la intervención de una fuerza extraterrestre, divina, totalmente desconocida: sucederá por razones materiales, económicas y sociales que el marxismo ha revelado científicamente, y sucederá como resultado de una lucha de clases que ya no será solo unidireccional: burguesía contra proletariado, como ha estado sucediendo durante más de cien años, sino en la que el proletariado se reconocerá a sí mismo como la única clase revolucionaria existente, la única clase que tiene potencialmente la posibilidad de dar al futuro de la humanidad una meta humana y social en la que los antagonismos de clase ya no existirán porque las clases ya no existirán, porque solo existirá la sociedad de la especie en la que el hombre habrá superado su prehistoria y habrá entrado finalmente en su historia.

¿LA VIEJA EUROPA MARGINADA?

Como se desprende claramente de la situación creada desde hace décadas, las potencias imperialistas occidentales europeas, dado que su influencia política

mundial ha sido sustituida por la de Estados Unidos, reduciéndose progresivamente al papel de aliados de los intereses de Washington en todo el mundo, detrás de los cuales buscan un espacio para los suyos y, al mismo tiempo, tratan de contrarrestarlos, sobre todo dentro del mercado de la UE —no logran desempeñar un papel determinante en los conflictos internacionales, no solo de carácter político-diplomático, sino también económico y militar. Desde el colapso de la URSS en 1989-91 y, por lo tanto, desde el fin de la llamada «guerra fría», Estados Unidos, a través de la OTAN y de su peso político-militar, ha impuesto a Europa occidental un papel político de apoyo en todas las situaciones que han llevado al imperialismo estadounidense a rediseñar las zonas de influencia en las áreas más estratégicas y críticas del mundo: desde Irak hasta Siria, desde los Balcanes hasta Afganistán, desde Libia hasta Palestina y Líbano, desde Ucrania hasta Irán. En todos estos frentes, la guerra nunca ha comenzado si no ha sido por decisión de Washington y, en la mayoría de los casos, ha «terminado» sin ventajas significativas para Estados Unidos, salvo las de haber sometido aún más a los europeos occidentales a sus intereses, debilitando aún más su peso político a nivel internacional, y haber reforzado, directa o indirectamente, el peso político, económico y militar, por ejemplo en Oriente Medio, de Israel, Arabia Saudí y Turquía.

Por otra parte, ya desde el final de la Segunda Guerra Imperialista Mundial, Estados Unidos había conquistado una primacía internacional que le permitía dictar las condiciones tanto de la reconstrucción postbélica en los países europeos destruidos por la guerra como de la política de los gobiernos postbélicos que, durante más de tres décadas, tuvieron que ponerse de acuerdo con la Rusia de Stalin y sus sucesores para repartirse las zonas de influencia entre la Europa occidental y la Europa oriental. Ejercieron una vigilancia especial sobre Alemania, derrotada en la guerra, pero con un pasado y una experiencia industrial de primer nivel, capaz de renacer con la reconstrucción postbélica, tanto en su oeste como en su este, constituyendo así un mercado de salida para la producción y el capital estadounidenses y, con las debidas diferencias, para la propia economía rusa, una división que no podía durar para siempre, dadas las características fundamentales de la fase imperialista del capitalismo (supremacía de la exportación del capital financiero combinada con la supremacía militar).

Alemania no sólo tenía en su pasado un capitalismo grande y desarrollado, sino también un movimiento obrero grande y desarrollado cuyo renacimiento tenían, con razón, las burguesías imperialistas; un renacimiento que podría haber contagiado al movimiento obrero de otros países europeos y haberse convertido, tarde o temprano, en un verdadero problema para toda la burguesía. Los levantamientos obreros de junio de 1953 en Berlín Oriental y en otros cen-

(sigue en pág. 8)

Oriente Medio

(viene de la pág. 7)

tros proletarios de la Alemania Oriental rusificada demostraron que el movimiento obrero alemán no había sido enterrado por completo, a pesar de la labor persistente, continua y capilar de la colaboración de clases de la socialdemocracia y de un estalinismo que había logrado derrotar veinticinco años antes al movimiento comunista no solo en Rusia, sino en todo el mundo.

Como afirmó nuestro partido ante las grandes huelgas y revueltas obreras de junio de 1953 en Berlín Oriental (10) —huelgas que demostraron que el hilo clasista histórico no se había roto, pero que fueron utilizadas por la propaganda estadounidense y occidental como revuelta contra «el comunismo» y por la propaganda estalinista como «provocación urdida por matones a sueldo» — «*mientras los obreros berlineses se levantaban contra la cárcel del trabajo asalariado, el imperialismo logró una vez más explotar para sus fines bélicos una manifestación de la ira proletaria contra la explotación capitalista y el intento de sacudir su pesado yugo*». Pero tal era el dominio contrarrevolucionario del estalinismo que los disturbios de Berlín Oriental, con su número indeterminado de obreros muertos bajo la cínica represión de los poderes falsamente «comunistas», «*no sirvieron para abrir una rendija en el telón de ilusiones partidistas que envuelve las mentes proletarias*» (11). Y demostraron también que, por encima de las contradicciones que llevan a los centros imperialistas rivales a la guerra, lo que los une —como demostró Marx con respecto a la Comuna de París de 1871— es la necesidad recíproca de luchar contra su principal enemigo histórico, el proletariado, sobre todo cuando su revuelta contiene una fuerza clasista objetiva; una fuerza clasista que, sin embargo, necesita una dirección política capaz de comprender la situación histórica, las relaciones de fuerza existentes y prever el camino a seguir en la vía de la revolución.

El papel político de apoyo que los países europeos llevan décadas desempeñando con respecto al imperialismo estadounidense (y a la OTAN, cuyo apo-

yo financiero ahora deben asumir los europeos con el famoso 5 % de su PIB, según las órdenes recibidas de Washington) no excluye que, por ejemplo, los tres países más importantes —Reino Unido, Alemania y Francia— tengan un peso real y un papel imperialista propio en diferentes zonas, sobre todo en África y Oriente Medio. Pero su peso y su papel están cada vez más condicionados por los intereses del imperialismo estadounidense, como demuestran también la reciente «guerra de aranceles», o la propia guerra en Ucrania, en la que los europeos se han desangrado en apoyo financiero y militar sin siquiera participar directamente en las posibles negociaciones con Rusia para el futuro «fin de la guerra», por no hablar de la guerra relámpago contra Irán.

En cuanto a la «cuestión palestina», después de años de proclamar el lema «dos pueblos, dos Estados», los muy civilizados, democráticos y humanitarios europeos han demostrado por enésima vez, y esta vez ante un exterminio programado desde hace tiempo por parte israelí, que sus intereses económicos, financieros, comerciales y políticos nunca han previsto ni prevenido socavar en lo más mínimo las ambiciones territoriales, políticas y militares de Israel sobre toda Palestina: los negocios no tienen sentimientos.

Más allá del peso imperialista real que las potencias europeas tienen en los asuntos mundiales, también ellas siguen interesadas en la *desescalada* del conflicto en todo Oriente Medio o, mejor dicho, en un conflicto que no las involucre directamente, pero gracias al cual puedan seguir obteniendo beneficios vendiendo armas a todos los Estados que quieran comprarlas.

En el informe presentado en nuestra reunión general de mayo del año pasado sobre *El curso del imperialismo mundial* (Petróleo, Oriente Medio e imperialismo), afirmábamos:

«*La ampliación del conflicto a todo Oriente Medio en este momento, sin embargo, no conviene a ninguna potencia imperialista y, de hecho, aunque Israel ha atacado y destruido la embajada iraní en Damasco, matando a varios pasdaranes y al general responsable de las operaciones iraníes en Siria y Líbano, la «respuesta» iraní a este ataque israelí, aunque anunciada con grandes amenazas, ha sido en realidad relativamente débil, aunque el lanzamiento de 300 drones y misiles contra posiciones militares israelíes no ha sido poca cosa, pero el 99 % han sido interceptados (gracias al sistema de defensa israelí, pero también a la intervención de las fuerzas aéreas estadounidenses, británicas, francesas y jordanas), algo que Irán obviamente podía saber de antemano.*

«*Por otra parte, tras esta maniobra, con la que solo consiguió causar daños en la base israelí del desierto del Negev, Irán no ha llevado a cabo más ataques. Los primeros en no querer que el conflicto se extienda a todo Oriente Medio —lo que significaría también al*

norte de África y al Cuerno de África— son Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, pero también Arabia Saudí, Turquía e Irán, y mucho menos Rusia, que ya está muy comprometida en la guerra de Ucrania y no sería capaz de sostener otra guerra en Oriente Medio; ninguna potencia está preparada en este momento para una guerra que tendría todas las características de una guerra mundial (los arsenales de las distintas potencias imperialistas aún no están repletos de armamento necesario para la guerra «moderna» y aún no se han formado de manera estable los bloques imperialistas que se enfrentarían), como porque en el mercado mundial aún hay importantes sectores de desarrollo comercial, no solo de materias primas: la crisis general de sobreproducción aún no se ha presentado» (12).

NOTAS

(1) Véase *Estados con armas nucleares*, wikipedia.org; en lo que respecta a Israel, véase «Le Monde diplomatique», julio de 2025, «¿Qué busca Tel Aviv en Oriente Medio?».

(2) Véase «Il fatto quotidiano»: *Dichiarazioni. I tanti ossessivi allarmi di Netanyahu sul nucleare iraniano*, 9 de julio de 2025.

(3) Sobre la guerra entre Irak e Irán, sus causas y los conflictos interimperialistas, véanse, en particular, los artículos publicados en el antiguo periódico del partido «Il programma comunista», desde el n.º 19 de 1980 hasta el n.º 2 de 1981, y los artículos publicados en «Il comunista» desde el n.º 4 de 1983 hasta el n.º 16 de 1989.

(5) Véase «*El volcán de Oriente Medio. El largo calvario de la transformación de los campesinos palestinos en proletarios*», en «El Programa Comunista», n.º 33 de 1980.

(6) Véase Irán. *L'eredità Pahlevi: rivoluzione capitalista alla cosacca*, «Il programma comunista», n.º 1, 1979; artículo que continúa en el n.º 2, 1979.

(7) Véase Lenin: *El despertar de Asia*, Pravda, 7 de mayo de 1913, Obras, vol. 23, pp. 145-146.

(8) Véase <https://www.ig.con/it/strategie-di-trading/i-maggiori-produttori-di-petrolio-al-mondo-201012>; además: <https://ilfarosulmondo.it/iran-terzo-produttore-gasmondo/>; <https://www.internazionale.it/magazine/javier-blas/2025/07/10/il-petrolio-di-teheran-e-piu-forte-delle-bombe>

(9) Véase «*L'imperialismo americano si sta preparando ad una guerra con l'Iran?*», Il Comunista, n.º 159, mayo de 2019.

(10) Véase el folleto *Giugno 1953. La Comune di Berlino, lunga e dura la strada, meta grande e lontana*, Ediz. il comunista, Milán, junio de 2023, que contiene los artículos relativos a estos acontecimientos, publicados en el entonces periódico del partido «il programma comunista», en los números 12, 14 y 15 de 1953, y en los números 17 de 1953 a 13 de 1954.

(11) Véase «*Gli operai berlinesi sono insorti contro la galera del lavoro salariato*», Il programma comunista, n.º 12, 1953, presente en el folleto citado en la nota 10.

(12) Véase «*il comunista*», n.º 182, mayo-julio de 2024.

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

De la guerra comercial a la guerra armada, una espiral que solo puede romperse con la lucha revolucionaria de clases del proletariado

En el informe sobre *El curso del imperialismo mundial*, presentado en la Reunión General del Partido de octubre de 1978, escribíamos, a propósito de la ofensiva del capital contra la clase obrera (1):

«Si el capitalismo ha logrado resistir hasta ahora a la crisis [la mundial de 1975, N. de la R.], es también gracias a la colaboración de las direcciones sindicales y de los partidos reformistas que, en el gobierno o en la «oposición», le han ayudado a mantener el orden y a aumentar los beneficios a costa de la fuerza de trabajo, ya sea participando abiertamente en la aplicación de los llamados «planes antiinflationarios», ya sea impidiendo cualquier reacción generalizada contra la ofensiva anti obrera».

Y continuábamos:

«El reformismo no podrá cumplir indefinidamente y con la misma facilidad esta tarea [es decir, estas formas de colaboración de clase por parte de los sindicatos y los partidos obreros reformistas, NdR]. La ofensiva burguesa no ha hecho más que empezar. Ciertamente, ya ha obtenido algunos resultados: el repunte de los beneficios en todos los países ha provocado probablemente una ligera recuperación de la rentabilidad; pero, por un lado, según los propios portavoces del capital, aún es insuficiente y, por otro, y sobre todo, el problema de la tendencia a la caída de la tasa de beneficio no está en absoluto resuelto a largo plazo. Para aumentar aún más los índices considerados insuficientes y evitar que vuelvan a caer inevitablemente, el capital no puede hacer otra cosa que continuar su ofensiva contra los trabajadores, recuperar una tras otra las migajas y las «garantías» que había podido conceder, destruir poco a poco las bases materiales sobre las que ha podido prosperar el reformismo obrero. De ahí los gritos de alarma de este último y, a veces, ciertas vacilaciones en los distintos estratos burgueses ante los peligros de una ofensiva demasiado brutal. Pero, incluso a aquellos que temen las consecuencias de sus propios actos, el agravamiento de la competencia les obliga a aplicar con todo rigor las leyes de la producción capitalista, a las que da forma de constricciones externas ineludibles. Al dar la señal de la sobreabundancia de capital, la crisis y la caída de la tasa de ganancia han dado la señal de la guerra económica generalizada, en la que el dios sanguinario de la tasa de ganancia asume el rostro del ídolo «racional» de la competitividad. En nombre de este nuevo imperativo categórico, todo burgués predica la movilización general, exigiendo a los proletarios de todos los países los mismos sacrificios constan-

temente renovados: despidos, comprensión salarial, aceleración de los ritmos, trabajo nocturno, etc., es decir, la aplicación cada vez más implacable de las leyes del capital y, por lo tanto, una presión cada vez mayor sobre los hombros de los explotados. Al mismo tiempo, crece la presión sobre las masas esclavizadas de las zonas dominadas por el imperialismo, se acentúa la competencia por las materias primas a buen precio y por las zonas de influencia económica, se exacerban los antagonismos interimperialistas.

«¿Hasta cuándo? Hasta que la sociedad burguesa no pueda hacer otra cosa que admitir, a su manera, que **no son los beneficios extorsionados al trabajo vivo los que aumentan demasiado lentamente, sino que es el trabajo muerto, acumulado, el que ha crecido demasiado rápido**; en definitiva, que la caída de la tasa de ganancia, la crisis, el recrudecimiento de la guerra económica, no son más que manifestaciones de una sola y misma realidad, **la sobreproducción general del capital**. En el mundo al revés de la competencia, esta no puede aparecer a cada uno de los buitres burgueses como un exceso de capitales individuales, de competidores que se disputan cada vez más encarnizadamente su parte de la plusvalía, que no ha podido crecer lo suficientemente rápido como para saciarlos a todos. De ahí el agravamiento creciente de los antagonismos imperialistas, que desemboca «con la regularidad de los fenómenos naturales» en la guerra de eliminación recíproca entre los capitales y en la destrucción masiva del capital impuesta por las propias leyes de la producción capitalista.

«La solución burguesa última de la guerra económica no puede ser, pues, sino la **guerra armada**. Al poner a los proletarios de los distintos países en competencia entre sí para explotarlos mejor, la primera no hace más que preparar la segunda, que los lanzará unos contra otros en los campos de batalla. Por lo tanto, tanto en la primera como en la segunda, la clase obrera solo puede evitar ser aplastada practicando el **derrotismo**, rechazando los ídolos burgueses de la competitividad, la economía nacional, la patria, y defendiendo sus propios intereses de clase, **que son los mismos en todos los países**. Sólo así, rechazando el reclutamiento bajo las banderas burguesas para reconstruir el ejército internacional del proletariado, podrá defenderse hoy contra la presión cada vez más insostenible del capital y preparar mañana la destrucción definitiva de la sociedad

burguesa y su sangriento cortejo de explotación, saqueo y guerras».

Han pasado más de 46 años desde entonces, y el panorama general solo ha empeorado, ya que el sangriento cortejo de explotación, saqueo y guerras ha aumentado desmesuradamente. Ni las consecuencias de la crisis mundial de 1975, ni las de las crisis posteriores que condujeron al terremoto financiero y económico de 2008-2009, a la guerra en Ucrania y al vertiginoso recrudecimiento de la guerra en Oriente Medio, han sido afrontadas con un decidido resurgimiento de la lucha de clases del proletariado.

Como se dice en la conclusión de la cita que acabamos de reproducir, esta recuperación no podrá tener lugar si no se basa en el derrotismo de clase que el proletariado solo podrá llevar a cabo rompiendo los lazos de colaboración interclasista que lo asfixian. Sólo a partir de este derrotismo y de la defensa exclusiva de sus intereses de clase podrá renacer la fuerza social del proletariado, capaz no solo de resistir las presiones y opresiones burguesas en cualquier país del mundo, sino de unificar por encima de las nacionalidades, etnias y razas a los proletarios de todo el mundo para reconstituir el ejército internacional del proletariado, como intentó hacer el movimiento comunista de los años veinte del siglo pasado, en la estela de la victoriosa revolución proletaria en Rusia.

Esa gran batalla revolucionaria se perdió, pero la guerra internacional de clases, para cuya preparación era y es necesario extraer todas las lecciones de las contrarrevoluciones —algo que sólo una fuerza política inflexiblemente ligada teóricamente al marxismo auténtico podía y puede hacer, y esa fuerza demostró ser solo la corriente de la Izquierda Comunista de Italia— es una guerra de clases que no surge de repente, por germinación espontánea de las filas del proletariado, sino como producto de una larga y tormentosa preparación en el terreno de la lucha proletaria inmediata, en la que las vanguardias del proletariado tienen la posibilidad práctica de adquirir experiencia de clase y de vincularse al partido de clase, es decir, a la conciencia de los objetivos históricos de la emancipación del proletariado del capitalismo.

Este partido de clase se basa en la teoría marxista, en el socialismo científico, que es el resultado de todo el desarrollo del pensamiento y de la ciencia económica y social de los siglos pasados, y es a esta teoría —la única que ha previsto el curso general del desarrollo de las sociedades divididas en clases y su fin histórico— a la que debe vincularse y confiarse la lucha de clases del proletariado, es decir, de las fuerzas vitales de la producción social, debe vincularse y confiar para poder transformar la fuerza de choque del proletariado internacional en una fuerza positiva capaz de transformar económicamente la sociedad, superando los antagonismos de clase y organizando armoniosamente la sociedad como sociedad de especie. Un camino largo y difícil, pero el único que puede resolver el problema de la opresión, la explotación y las guerras.

Amadeo Bordiga convertido en mercancía como «personaje histórico», es decir, como *icono inofensivo*

No es la primera vez que en el mercado de los iconos inofensivos se pelean intelectuales y editores que buscan conquistar un pequeño rincón de notoriedad «celebrando» a *personajes* que la clase burguesa dominante y su brazo «cultural», por diversas razones, persiguieron cuando estaban vivos y arrojaron al olvido o enterraron a propósito porque les convenía que se olvidara de ellos.

Es conocida la frase con la que Lenin comienza su *El estado y la revolución*, escrito en agosto de 1917, pocos meses antes de la mayor revolución proletaria y comunista que ha conocido la historia hasta ahora:

«Lo que hoy le ocurre a la doctrina de Marx es lo que a menudo le ha ocurrido en la historia a las doctrinas de los pensadores revolucionarios y de los líderes de las clases oprimidas en lucha por su liberación. Las clases dominantes siempre han recompensado a los grandes revolucionarios, durante su vida, con implacables persecuciones; su doctrina siempre ha sido acogida con la más salvaje furia, con el odio más encarnizado y con las más descaradas campañas de mentiras y difamaciones. Pero, tras su muerte, se intenta convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos, por así decirlo, rodear su nombre de una cierta aureola de gloria, como «consuelo» y mistificación de las clases oprimidas, mientras se vacía de contenido su doctrina revolucionaria, se le quita el filo, se la degrada».

Esta labor de transformación de los líderes revolucionarios en iconos inofensivos, de degradación de la doctrina marxista, forma parte de la lucha que la burguesía dominante libra sistemáticamente en todos los planos: económico, político, social, cultural e ideológico. Para llevar a cabo esta lucha con mayor eficacia, la burguesía se sirve naturalmente de los profesionales de la cultura y la ideología burguesa y democrática, pero también de los oportunistas, es decir, de aquellos que se hacen pasar por defensores de los intereses de los trabajadores y las masas desposeídas vistiéndose de «revolucionarios», si no de «marxistas».

Nada diferente le sucedió al propio Lenin, que tuvo la desgracia de morir durante el período revolucionario en el que la Rusia proletaria aún era victoriosa y la Internacional Comunista aún no había degenerado; y le sucedió a todos los líderes revolucionarios menos coherentes e inflexibles que Lenin, como Trotsky, Bujarin, Zinóviev, Kámenev y otros cien, cuyas incoherencias y debi-

lidades teóricas fueron exaltadas para convertirlas en casos personales con los que demostrar la invencibilidad de la ideología y la política burguesas.

Es bien sabido que Stalin se convirtió en uno de los mayores falsificadores de la doctrina marxista, superando en falsificación del marxismo a Bernstein, Plejanov y Kautsky, añadiendo algo que estos revisionistas del marxismo aún no habían hecho suyo, a saber, la práctica sistemática de la calumnia y el asesinato. Así, los socialchovinistas de 1914 fueron superados por los socialchovinistas y nacionalcomunistas de 1939, que añadieron a las prácticas reformistas y demoparlamentarias la lucha partisana en la guerra civil que sustituyó a la guerra de clases.

Para las dos guerras imperialistas mundiales, las burguesías dominantes necesitaban proletarios sometidos a la defensa de sus respectivas «patrias», al apoyo de los intereses imperialistas disfrazados de defensa contra la agresión de los países enemigos; necesitaban proletarios que se dejaran explotar brutalmente en las fábricas y en los campos para sostener el «necesario» esfuerzo bélico y que se dejaran exterminar en los campos de batalla para impedir que los «agresores» ganaran.

Nada nuevo bajo el sol, tanto en lo que se refiere a la mistificación de la doctrina marxista y la transformación de los líderes revolucionarios en iconos inofensivos, como en lo que se refiere a la preparación de los proletarios para lo que ya es una guerra imperialista, aunque hasta ahora no haya alcanzado el nivel de enfrentamiento general entre todas las grandes potencias imperialistas.

¿Podía Amadeo Bordiga escapar a ser convertido en un icono inofensivo? Por desgracia, no. En esta operación política e ideológica, los primeros en votar a favor fueron los propios estalinistas o, mejor dicho, los exestalinistas acérrimos —léase la banda de historiadores e ideólogos del PC togliattiano— que «descubrieron» a finales de los años sesenta del siglo pasado, pero sobre todo después de su muerte (julio de 1970), la figura de Bordiga, que estuvo al frente de la corriente de la Izquierda marxista en Italia desde 1912, corriente que se reveló perfectamente alineada con las posiciones teóricas y políticas de Lenin, aunque sin conocer sus obras (demostrando así que la doctrina marxista nunca pertenece a un personaje histórico, sino a ese **continuo** histórico formado por *«grupos, escuelas, movimientos, textos, tesis»*, que no es otra cosa que **«el partido, impersonal, orgánico, único»**, que posee el «conocimiento preexistente del

desarrollo revolucionario» (1).

El partido, impersonal, orgánico, único, y no el gran líder, el personaje, el hombre excepcional. No excluimos, por supuesto, que en el transcurso del tiempo, en el que grupos, escuelas, movimientos, textos y tesis van formando el partido de clase, surjan líderes y hombres que mejor que otros expresen y representen con mayor coherencia e inflexibilidad al partido de clase, como fue el caso de Lenin, de quien Zinóviev dirá que hombres como él nacen una vez cada quinientos años, y como fue el caso de Amadeo Bordiga, pero nunca los comunistas revolucionarios auténticos han rodeado de gloria el *nombre* de los líderes revolucionarios.

Estos últimos están llamados a desempeñar mejor que otros militantes revolucionarios el papel de guía del partido de clase, en todas sus expresiones, desde la teórica y programática hasta la política, táctica y organizativa, manteniendo firme el rumbo histórico ya establecido por el marxismo auténtico, de manera orgánica e impersonal, convirtiéndose en el arma mejor y más eficaz de la lucha de clases proletaria y de la revolución comunista.

Amadeo Bordiga pasó su vida, hasta el final, luchando contra el personalismo, el individualismo y la propiedad privada, la más destructiva de las cualidades, para los revolucionarios, es la propiedad intelectual. Y nosotros siempre hemos tratado de seguir su ejemplo, luchando dentro y fuera del partido contra cualquier concesión en ese sentido.

Esta batalla, que es una batalla *de clase* y no personal, la hemos librado desde la reconstitución del partido en la posguerra, en perfecta concordancia con las batallas de clase libradas por la corriente de la Izquierda Comunista Italiana desde su nacimiento. Entonces hubo que luchar contra las posiciones que una parte nada desdeñable de compañeros vinculados a la experiencia de la Izquierda Comunista de antes de la guerra adoptó con respecto a la organización del partido, posiciones que, desde el planteamiento democrático heredado de la experiencia de los años veinte, les llevaron incluso a utilizar la «propiedad comercial» del periódico del partido para sustraerlo a la dirección política del partido con la que no estaban de acuerdo.

Lamentablemente, a pesar de que la lucha política contra toda expresión de la democracia burguesa, incluso en el plano organizativo, había caracterizado la actitud del grupo de compañeros que en 1952 no siguió a Damen, sino que se mantuvo en defensa de la enorme labor de restauración de la doctrina marxista

en torno a Bordiga, esta enfermedad no fue erradicada por completo. Treinta años después, en 1982, el partido se encontró de nuevo en crisis; más aún, en una crisis que no se caracterizó como una crisis de crecimiento, como la de 1952, sino como una crisis purulenta que lo hizo pedazos. Por enésima vez, el virus del personalismo, transmitido por el democratismo que se había infiltrado de nuevo en el partido, lo diezmó.

A diferencia de 1926, la degeneración del partido que en 1982 lo llevó a la ruina no borró por completo la huella política y teórica que treinta años de vida habían dejado.

Como grupo reducido, formado por muy pocos compañeros, no tiramos la toalla; éramos conscientes de que no bastaba con registrar el fracaso y retirarse de la actividad política, y mucho menos «retomar el camino» como si nada hubiera pasado, como hizo el grupo que siguió a Bruno Maffi y que le quitó el periódico al partido, como hizo Damen en 1952. Para nosotros tampoco era una opción la que siguió el grupo que se identificó con el periódico «Combat», que, en realidad, intentó transformar el partido «de ayer» en una organización que se dedicaría no a la teoría y la defensa del marxismo, sino a la «política», liberándose de lo que condenaba como «vicio original de la izquierda italiana», liberándose de hecho de la intransigencia teórica que impedía al partido experimentar cualquier táctica que contingentemente pareciera la más adecuada para acercarlo al éxito. Inútil decir que «Combat» desapareció en pocos años.

Nosotros, un pequeño grupo de compañeros que permanecemos fieles al planteamiento original del partido, nos dedicamos desde el principio a hacer un balance dinámico de la crisis degenerativa del partido, pudiendo mantener vivo un hilo organizativo gracias al pequeño grupo de compañeros franceses de «*le prolétaire*» que resistió la debacle y continuó la actividad política del partido por la misma línea que nos hizo reencontrarnos en 1984-85, es decir, la necesidad prioritaria de dedicarnos al balance de la crisis y a la reconquista de las bases teóricas y programáticas fundamentales del partido.

Que el camino emprendido por el grupo de Maffi y el nuevo «*programa comunista*» era totalmente erróneo y que, una vez emprendido, ese grupo seguiría hundiéndose en el fango del personalismo, quedó demostrado con la constitución de la Fundación Amadeo Bordiga, una especie de santuario dedicado al icono inofensivo, en el que Maffi y otros exponentes de su grupo participaron durante años.

Como decíamos, Amadeo Bordiga y la corriente de la Izquierda Comunista Italiana son «descubiertos» de vez en

cuando incluso fuera de los países en los que han estado presentes durante más tiempo, como Italia y Francia. Desde hace varios años, España es el país en el que se han activado las nuevas generaciones de la operación «iconos inofensivos», y es a su actividad más reciente a la que hemos dedicado nuestra crítica; una crítica que no hemos ahorrado al nuevo «*programa comunista*», como no la ahorramos en su momento a Livorsi, a Giorgio Galli y a los diversos «historiadores» que competían entre sí por descubrir anécdotas en escritos enterrados en algún archivo, o a la Fundación Amadeo Bordiga.

Es posible que alguno de estos «historiadores», o algún grupo, se sienta

ofendido por nuestras críticas. No nos afecta, entre otras cosas porque nuestra lucha es política y no personal. Nuestros escritos no están protegidos por derechos de autor y si nuestra publicación incluye en ocasiones el nombre de un responsable o un redactor y resulta ser «propiedad» de fulano o mengano, es solo porque la ley burguesa impone tales requisitos para poder publicar legalmente un periódico o una revista. El problema grave se plantearía si esta «propiedad» se utilizara como palanca para quitar a los adversarios políticos el periódico con el que el partido es conocido por los lectores, por muy limitada que sea su difusión, como inevitablemente ocurre en tiempos de contrarrevolución.

Incendios, ¿casualidad? ¿tragedia? No, beneficio capitalista y control democrático

En los últimos días el fuego está arrasando miles y miles de hectáreas en diferentes puntos del país. Tarifa en Andalucía, Jarilla en Extremadura, Cofrentes en Valencia, Picos de Europa... pero sobre todo León, Zamora y Galicia, son las zonas más afectadas hasta el momento. Como siempre sucede con estas situaciones, los telediaros y la prensa abren diariamente con noticias acerca del caos y de la mala gestión, los improprios que se cruzan entre sí diferentes administraciones; todo ello a costa de una situación que ya ha matado a cuatro personas, arrasado una cantidad inmensa de zonas de cultivo y acabado con cientos de cabezas de ganado.

En un clima mediterráneo como el que predomina en buena parte de la península ibérica, con marcados periodos de calor y sequedad, con una masa boscosa que no para de crecer año tras año, los incendios deberían ser algo normal y controlado. Pero cada año la situación es peor. Cada vez más destrucción y cada verano más muertos. No sólo importa la terrible situación creada directamente por los incendios, sino también el juego político y social que se libra para aterrozar a la población, utilizándolo como excusa para mantener el estado de miedo y nervios permanente con el que la clase burguesa gobierna tan bien.

«Hay que potenciar la prevención», «los fuegos se apagan en invierno», «no hay que permitir que se repita esta situación, debemos ir a las causas» ... son frases que hemos escuchado en estos últimos días en boca de políticos, altos responsables de la Administración central y autonómica e incluso de los bufones que habitualmente prestan su imagen para potenciar el efecto de estas

estupideces. Porque son estupideces: ni la prevención, ni el trabajo cotidiano, ni por supuesto las causas de los incendios constituyen preocupación alguna para la burguesía o sus representantes. La catástrofe, sea en forma de incendios, de inundaciones e incluso de guerra es consustancial al mundo capitalista y la burguesía saca buen provecho de ella.

En el caso de los incendios, la cosa es clara: durante décadas se ha disminuido el gasto en cualquier tipo de política preventiva, tratando de mantener en el mínimo imprescindible (que, como se ve, es totalmente insuficiente) las partidas presupuestarias destinadas a las medidas necesarias para controlar los fuegos del verano. Ni el Estado central, ni las Comunidades Autónomas, ni los municipios ven en las intervenciones que sería necesario llevar a cabo otra cosa que un gasto inútil que únicamente lastra sus cuentas anuales. Pero no sólo se trata de que, ante la «catástrofe» (completamente evitable, como se ve), se reduzcan los gastos de prevención, sino que el beneficio que se puede obtener de ella es tan cuantioso que elimina cualquier incentivo para prevenirla. La construcción de parques eólicos o nuevas viviendas en los espacios arrasados, la industria maderera, las propias inversiones públicas en las zonas afectadas, constituyen un gran negocio del que ni la gran ni la pequeña burguesía, ni la constructora ni el pequeño propietario, quieren privarse. La pregunta acerca de cuántos incendios son provocados es ya tópica. Pero más allá de ella, ¿cuántos son mantenidos el tiempo necesario para que cumplan con su función económica? ¿cuántos y por quie-

(sigue en pág. 12)

Incendios, ¿casualidad?

(viene de la pág. 11)

nes son «incentivados»? ¿cuántos rinden unos resultados en términos económicos a los que nadie quiere renunciar?

El capitalismo da, siempre y en todo momento, los mismos resultados: los recursos naturales y humanos se destruyen para obtener con ello toda la ganancia posible. De nuevo, los incendios de estos últimos días nos dan un buen ejemplo de ello, porque durante muchos años los responsables de las políticas de prevención, es decir, el propio Estado burgués en cualquiera de sus niveles responsables, han llevado a cabo una tarea de disminución del peso de la fuerza de trabajo, de los recursos humanos, de los proletarios en suma, en las tareas de prevención y sofoco de los incendios. La misma política que se sigue en cualquier empresa, donde se sustituye fuerza de trabajo por capital, manos por máquinas, para continuar el ciclo de valorización del capital, se sigue en el sector público: el empleo se precariza, los sueldos caen, los servicios se subcontratan, los contratos son cada vez más breves... incluso se llega a sustituir las torres de vigilancia por cámaras de circuito cerrado.

Aún así se podrá pensar que un incendio es una tragedia... ¿para quién? Ni el Estado burgués que lo permite ni la burguesía privada o pública que lo alien-

ta lo ven de esta manera. La lógica capitalista del beneficio opera también en este ámbito. A medida que la economía rural, en la cual existían incentivos directos para las tareas de prevención porque el monte se utilizaba como fuente de unos recursos cuyo valor estaba en que se renovaban año a año, ha dejado paso a una economía capitalista altamente desarrollada, donde el beneficio está en gran medida en la destrucción, directa o indirecta, de los recursos. Así, los incendios se vuelven cada vez más difíciles de evitar y contener. Debe tenerse en cuenta que en esa economía rural (por lo demás capitalista también, aunque con un grado de desarrollo menor) el fuego siempre fue un recurso y una herramienta más que se utilizó para mantener la masa boscosa en unas dimensiones apropiadas y así evitar incendios tan violentos como los que vemos hoy, cuando el bosque resulta tanto más beneficioso cuanto más cantidad del mismo se puede destruir de una vez.

Otras de las frases gastadas de tanto usarlas estos días son los insultos que se cruzan de uno a otro bando político: las administraciones locales del Partido Popular contra el Gobierno central del Partido Socialista y viceversa, para achacarse la responsabilidad de los incendios. El juego democrático también saca un beneficio neto de esta situación. Cada situación, cada desastre natural, cada muerto, sirve para reforzar la idea de que las alternativas democráticas representan realmente opciones diferentes y que el proletariado puede (¡y debe!) adherirse a una de ellas para solucionar los problemas urgentes que le rodean. Pero lo que se busca con esto realmente es la adhesión al propio sistema democrático, la creencia de que la solución a los problemas que crea la burguesía se encuentra en las propias instituciones burguesas, la práctica tan extendida, tan impregnada en el cuerpo social del proletariado, consistente en delegar la lucha en defensa de su supervivencia en los mecanismos institucionales que regulan el gobierno democrático del país.

En la versión más extrema de este juego, una versión que cobra cada vez más fuerza porque responde a una tensión que afecta a todas las clases sociales y que aumenta poco a poco, se llega a hablar de España como «estado fallido» en la medida en que es absolutamente incapaz de responder a situaciones como la de estos incendios o como la de las inundaciones de Valencia hace 10 meses. Se trata, como decimos, de una versión aparentemente más radical, más dura, pero igual en esencia, de esa defensa del juego democrático al que llama la burguesía de todos los bandos y de todas las instituciones. ¿Qué Estado burgués es capaz de responder a la ca-

tástrofe que implica su propia existencia y la de la burguesía? ¿Bajo qué orden burgués no se producen catástrofes cada vez más ampliadas por la fuerza del propio desarrollo capitalista? La salida nacionalista de la crisis social, que a medida que se enerva la situación internacional y nacional más parece perfilarse en el horizonte, también necesita del refrendo democrático para triunfar.

Aunque hoy parezca una vía difícil de tomar, lejana e incluso inalcanzable, es la lucha de clase proletaria y no la confianza en ninguno de los señuelos democráticos que ofrece la burguesía la que podrá acabar con esta situación. Pese a que parezca extraña, poco concreta e irrealizable, es la única realista. En estos días lo que estamos viendo es el fracaso de cualquier otra opción.

Los proletarios son los únicos que tienen un interés claro en que la sociedad de la catástrofe sea aniquilada, en que las inmensas fuerzas sociales que el capitalismo dedica a mantener y reforzar el dominio de clase de la burguesía se destinen a lograr una sociedad en la que desaparezca la apropiación privada (burguesa, bajo todas sus formas) de la riqueza social. Para lograrlo, al menos para embocar la vía de la lucha anti burguesa y anti capitalista, la clase proletaria debe romper con la mixtificación democrática, debe despreciar el veneno que supone la fe, que desgraciadamente aún hoy tiene, en que la clase burguesa y su juego de alternancia parlamentaria o cualquier remedo autoritario de este, pueda suponer una salida a las catástrofes inducidas por la propia burguesía y su sistema. Debe revolverse, con toda su fuerza, contra el frente común que la burguesía le impone.

Lo hemos visto en los incendios, como lo vimos en las inundaciones de Valencia. Toda la fuerza social de los proletarios es democráticamente conducida hacia la política de colaboración entre clases que beneficia directamente a la burguesía. Esa colaboración convierte a los proletarios en voluntarios, en mano de obra gratuita con la que tapan el desastre, cuando ya no queda otra opción (y que además muere en esa labor), cuando toda su fuerza de clase debería dirigirse a golpear a la burguesía, a parar la producción, a obligarla a pagar por su economía de la catástrofe.

Del mundo del horror y la muerte que la burguesía depara a la humanidad sólo se saldrá mediante la destrucción del sistema capitalista y, para ello, la clase proletaria debe levantarse para hacerlo saltar por los aires.

«el programa comunista» N°56, septiembre 2024

-Ucrania. Una guerra que sigue allanando el camino apra futuras guerras en Europa y en todo el mundo.

- Porqué Rusia no es socialista.

- La guerra de España (4): el programa agrario de las organizaciones obreras (1936-1939. El proletariado industrial.

- Oriente medio:

. Los actos terroristas, hoy de Hamas, como los de ayer de Al-Fath u otras organizaciones guerrilleras no pondrán fina la opresión israelí de los palestinos de Gaza y Cisjordania. ¡El futuro del proletariado palestino, como el de los proletarios de Oriente medio, Europa y el mundo está en la lucha de clases independiente y la solidaridad de clase proletaria de todos los países!

. De la espiral de continuas masacres que han jalonado la historia de Oriente medio en los últimos 100 años.

REVISTA TEÓRICA

Precio del ejemplar: 3 €; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 € América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

15/08/2025

Partido Comunista Internacional

El objetivo del proletariado palestino no es una imposible «patria palestina», sino la lucha de clase que una a los proletarios por encima de las divisiones nacionales

Que el pueblo palestino está destinado a no poder establecerse en su tierra natal, de forma pacífica y reconocida por todos los demás Estados, es algo evidente desde hace décadas. Desde 1948, desde la constitución del Estado de Israel, pero no del Estado de Palestina, este destino era uno de los más probables. La gran mayoría de los palestinos se han convertido en proletarios a su pesar, expropiados progresivamente de sus casas, de sus campos, de su «patria». Desde el punto de vista de la ideología burguesa, se trata de un drama que solo podría resolverse reconociendo a los palestinos un pedazo de tierra donde vivir y constituir su propio Estado independiente. Pero ochenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial imperialista, en la que las grandes potencias democráticas nunca consideraron al pueblo palestino digno de tener su propio Estado, su «patria», su clase dominante burguesa como casi todos los demás países; en la que lo engañaron durante décadas con las declaraciones de la ONU sobre el estribillo «dos pueblos, dos Estados», desangrando sus energías en enfrentamientos bélicos en los que los combatientes palestinos eran a su vez engañados también por los países árabes «amigos», que pronto demostraron ser tan enemigos como los sionistas, si no peores; y tras ochenta años de ilusiones y combates, los palestinos se encuentran despojados de todo y de sus propias vidas. Con la complicidad mundial de todos los Estados, empezando por el más democrático y más asesino de pueblos, Estados Unidos, el Estado sionista y burgués-democrático de Israel está llevando a cabo su gran sueño: arrasar a los palestinos, apoderarse de su tierra, esclavizar a quienes han escapado de los bombardeos y garantizar los privilegios sociales, económicos y políticos a la población israelí según los criterios clásicos de discriminación racial y religiosa.

El hecho de que el pueblo palestino sea un pueblo sin patria, y que la mayoría esté constituida por proletarios, podría ser, sin embargo, desde el punto de vista proletario e histórico, un hecho positivo. El proletariado es, por antonomasia, la clase sin patria, incluso cuando la burguesía le propina el estribillo de una *patria común*: no posee medios de producción, no posee capital y, sobre todo, no es propietario del producto de su trabajo, porque la riqueza que produce pertenece exclusivamente a la clase burguesa dominante, a los capitalistas que defienden esta realidad con el Estado y con sus fuerzas armadas. Los proletarios palestinos, es decir, la mayoría de la población palestina, aunque logran cultivar algo en un pedazo de tierra miserable, dependen totalmente del trabajo para los patrones israelíes o de las «ayudas» internacionales que las diversas potencias imperialistas conceden para salvar la cara humanitaria con la que tratan de encubrir las masacres sistemáticas en Gaza y Cisjordania. Los palestinos no pueden esperar nada mejor de organizaciones políticas y milita-

res como la ANP o Hamás, como antes de los grupos que formaban la OLP, porque estas organizaciones se vendieron desde el principio a burguesías más fuertes que tienen intereses completamente opuestos a los del proletariado palestino, que es utilizado, ahora por una, ahora por otra de las burguesías, con el único fin de obtener para sí mismas algunos privilegios y un mínimo de poder sobre él para someterlo para siempre a la explotación capitalista, extinguiendo su instinto de clase de rebelarse contra toda opresión, contra todo abuso.

El hecho de que recientemente, en la ya de por sí desastrosa situación de Gaza, haya habido manifestaciones contra Hamás para que libere a los rehenes israelíes que aún tiene en su poder, con la esperanza de que esto ponga fin a los bombardeos y la destrucción por parte de Tel Aviv, denota sin duda una fractura en la relativa confianza que Hamás se había ganado en los quince años anteriores, una fractura determinada más por la desesperación que por una oposición consciente y política. Pero en plena guerra, en la que la población de Gaza no puede refugiarse en ningún sitio y se ve obligada por Israel a desplazarse continuamente de norte a sur y viceversa, porque de todos modos es golpeada, bombardeada, asesinada y hambrienta, se acerca el fin de Gaza y de Cisjordania palestinas.

La salida inmediata y en un futuro próximo de este auténtico exterminio programado, por desgracia para los palestinos, no les favorece. O son masacrados o se dejan deportar a algún país que acuerde con Estados Unidos e Israel hacerse cargo de ellos, como se hace con cualquier residuo industrial. Para Israel y su mayor protector, los Estados Unidos de América —no importa si en la Casa Blanca se sientan «demócratas» o «republicanos»—, la *Palestina histórica*, aunque reducida y fragmentada, dibujada en los viejos mapas geográficos para beneficio de los amantes de la historia antigua, tarde o temprano tendrá que cambiar de nombre; los sionistas ya lo acuñaron hace más de un siglo: *Gran Israel*. Recordemos, de paso, que la historia siempre la han escrito los vencedores de las guerras, que se han encargado de cambiar los nombres de los países, las montañas, los ríos, los mares y, por supuesto, las ciudades, decretando también formalmente la modificación o la cancelación de un pasado. Los pueblos indígenas sometidos al dominio de los vencedores sufrieron también la lacerada de su identidad, sus tradiciones y su pasado antiguo; a veces se mantuvieron las antiguas denominaciones, a veces se mezclaron con las nuevas lenguas, pero en la mayoría de los casos desaparecieron bajo la apisonadora de las nuevas formas de producción y las nuevas clases dominantes.

El reciente episodio relacionado con el nuevo nombre que Trump quiere dar al Golfo de México es revelador. El Golfo de México, cuyo nombre deriva de la decisión de los navegantes y colonizadores europeos que descubrieron «el nuevo mundo» (llamado América en

honor al navegante y explorador Amerigo Vespucci), debería pasar a llamarse, por voluntad de Trump, Golfo de América, en honor a la «nueva edad de oro para los Estados Unidos» de Trump, tal y como Trump lo rebautizó oficialmente el pasado 25 de enero. Una oficialidad válida por el momento solo para EE. UU.; habrá que ver cuánto tiempo pasa hasta que los dos organismos internacionales competentes en materia de nombres de masas de agua del planeta (la Organización Hidrográfica Internacional, OHI, y el Grupo de Expertos en Nombres Geográficos de las Naciones Unidas, GENUNG) aprueben este cambio de nombre, haciéndolo oficial para el derecho internacional y uniformizando los documentos náuticos y las denominaciones geográficas válidas en todo el mundo. Pero, más allá de las cuestiones legales y oficiales, queda el acto imperialista por parte de EE. UU. con el que Trump pretende cambiar la historia y la identidad, en este caso de un golfo que desde 1540 se ha llamado Golfo de México, anteriormente conocido como «Golfo de Nueva España» en honor al descubrimiento del «nuevo mundo» por parte de la corona española. Naturalmente, el Gobierno mexicano no está de acuerdo con el cambio de nombre del golfo, y no solo porque lleva casi cinco siglos con ese nombre, sino también porque la mayor parte de las aguas del golfo, es decir, 829 000 km², corresponden a la zona económica exclusiva de México, y los 662 000 km² restantes corresponden a la zona económica exclusiva de los Estados Unidos (1).

Entre Estados Unidos y México no hay guerra, salvo a nivel comercial, como la hay entre Israel y Hamás y todo el pueblo palestino. Pero hay otra cuestión que enfrenta a Estados Unidos con México: la inmigración clandestina, no solo de mexicanos, sino de personas que huyen de todos los países de América Latina por razones económicas, políticas y sociales, y que, atravesando México, intentan entrar en Estados Unidos. Por lo tanto, Trump puede seguir llamando al Golfo de México con el nuevo nombre de Golfo de América, sabiendo que esto solo es válido para la Casa Blanca y sabiendo que lo que más le importa es someter a México a los intereses de la economía de los Estados Unidos, para lo cual, al no haber sido suficientes los acuerdos existentes hasta ahora entre los dos países, ha desatado contra él la presión de los aranceles. En realidad, que el Golfo siga siendo reconocido como Golfo de México o sea sustituido por la denominación Golfo de América, poco cambiará en lo fundamental entre Estados Unidos y México: las grandes empresas estadounidenses, especialmente las del sector automovilístico y tecnológico, seguirán explotando la mano de obra mexicana en las empresas ubicadas en México, donde los costes laborales son muy inferiores a los de EE. UU., aprovechando al mismo tiempo la distancia mucho menor para el transporte de mercancías entre México y EE. UU.

(sigue en pág. 14)

El objetivo del proletariado palestino...

(viene de la pág. 1)

que la que existe con el sudeste asiático o con China.

En el caso de Israel y los palestinos, la situación es completamente diferente. Aquí no hay masas proletarias y desheredadas que se desplazan de «su» país para construir un nuevo futuro en otro país económicamente más fuerte y socialmente «menos» represivo que el país del que huyen. Los palestinos pretendían, y pretenden, seguir viviendo y desarrollándose en su tierra y, en los años veinte y treinta del siglo pasado, se rebelaron contra una importante inmigración judía impulsada y apoyada por Inglaterra, que tenía el mandato imperialista de controlar, tras ganar la Primera Guerra Mundial y el colapso del Imperio Otomano, una parte de los países de Oriente Medio, entre ellos Palestina. Pero desde el principio, el imperialismo británico obstaculizó el movimiento de autodeterminación palestino y utilizó contra él la inmigración judía, que, en cualquier caso, tenía orígenes históricos en esa tierra. La situación de los palestinos cambió muy poco con la Segunda Guerra Mundial imperialista y con su fin; es más, con la constitución del Estado de Israel, empeoró cada vez más. Los acontecimientos históricos han demostrado que la burguesía palestina no ha sido capaz de transformar su lucha por la autodeterminación en una verdadera revolución nacional, para la cual, sin embargo, ha arrastrado consigo a las masas campesinas pobres y al proletariado palestino, pero el hecho de haber confiado el éxito de su lucha nacional al apoyo de las burguesías de otros países árabes y a los potentados imperialistas ha decretado su completo fracaso.

En el mapa del territorio que antes se llamaba Palestina, las fronteras entre el Estado de Israel y los territorios habitados por los palestinos han cambiado continuamente a causa de las múltiples guerras que Israel ha librado contra los Estados árabes y contra los palestinos, lo que ha hecho imposible definir un territorio unitario en el que una revolución nacional palestina pudiera erigir su propio Estado. No solo en las últimas décadas Israel ha instado y protegido a sus colonos para que se apoderaran gradualmente y por la fuerza de parcelas de tierra, sobre todo en Cisjordania, con el fin de impedir sistemáticamente la conformación unitaria de un territorio exclusivamente palestino, transformando Cisjordania, llamada West Bank o Territorios Ocupados, en una especie de gruyere lleno de colonias israelíes, sino que en los últimos días ha llegado la noticia de la reactivación, por parte del Gobierno de Netanyahu, del antiguo proyecto israelí E1, es decir, el corredor colonizado que conectará la Jerusalén ocupada con Ma'ale Adumin (desde hace 50 años la mayor colonia israelí fortificada en Cisjordania) y desde allí al valle del Jordán. El proyecto, compartido por todos los gobiernos israelíes de los últimos cuarenta años, prevé la construcción de 3.412 viviendas para los colonos; dicho corredor se construirá íntegramente en territorio palestino, del que serán expulsadas por la fuerza las diversas peque-

ñas comunidades palestinas que lo habitan y cultivan. Así, Jerusalén quedará completamente aislada del resto de Cisjordania, que, con este corredor, quedará dividida en dos: al norte quedarán Jenin y Nablus, y al sur, Belén y Hebrón. Bezalel Smotrich, ministro de Finanzas israelí y representante de la ultraderecha nacionalista, alardeando del apoyo de Netanyahu y Trump, ha declarado que este proyecto «entierra la idea de un Estado palestino».

La Unión Europea, que tendría interés en pacificar toda la zona para desarrollar al máximo su comercio y sus negocios con todos los países de la región, sigue ondeando la bandera de «dos pueblos, dos Estados», cuando sabe perfectamente que ni la UE ni Estados Unidos impondrán a Israel la constitución del Estado de Palestina, ya que tal imposición, dada la total desavenencia israelí, solo podría llevarse a cabo mediante un acto de fuerza militar; la UE y los Estados Unidos están a mil millas de hacer la guerra a Israel, ya que, por el contrario, lo están apoyando financiera, diplomática, política y comercialmente, como lo demuestra plenamente el fructífero comercio de armas y de las tecnologías militares más avanzadas. Su verdadero objetivo en estas décadas de masacres de palestinos es uno solo: borrar el futuro independiente del pueblo palestino, convertirlo en esclavo de los intereses capitalistas e imperialistas que se entrelazan en Oriente Medio, eliminar cualquier posibilidad de que la radicalización de los grupos palestinos, generada por las continuas masacres y el actual exterminio, encuentre una salida organizada para contrarrestar, incluso con la lucha armada, la tremenda opresión a la que están sometidos los palestinos. Pero la operación militar especial que Israel lleva 23 meses llevando a cabo contra la población de Gaza no se limita a los bombardeos, a los desplazamientos continuos de palestinos de una zona a otra de la Franja y viceversa; a esto se ha añadido una limpieza étnica mediante el hambre sistemático de las masas palestinas ya moribundas, el hacinamiento de cientos de personas en los escasos centros de la GHF, donde se distribuye muy poca comida y donde los palestinos son blanco de los disparos de los soldados y mercenarios, el bloqueo de los camiones que transportan agua, alimentos, ropa, medicamentos, etc. y la destrucción de todas las casas, de todos los refugios: la desnutrición se ha convertido en el arma adicional para acabar no solo con la vida inmediata de los palestinos, sino también con la posibilidad de vida de las generaciones futuras, ya que la desnutrición, llevada más allá de los niveles de los campos de concentración nazis, tiene consecuencias no solo para las madres de hoy, sino también para sus hijos y los hijos de sus hijos. El ataque a la capital, Gaza City, donde se concentran más de un millón de palestinos, parece ser la última etapa de la ocupación israelí de la Franja; con la caída de Gaza City, reducida también a un montón de escombros, los palestinos pierden también la última esperanza de poder imaginar un final menos horrible que el que están viviendo hasta ahora.

De todo esto no solo es responsable la clase dominante burguesa israelí, sino también la clase burguesa dominante, sobre todo de los países de Europa y América, mientras que Rusia, China, India y su asociación denominada BRICS demuestran no estar interesadas en un exterminio del que es testigo el mundo entero. Cuando el canciller alemán Merz declaró hace tiempo que agradecía a los israelíes por hacer *el trabajo sucio* que los europeos no podían permitirse hacer, no hizo más que expresar el pensamiento de todas las burguesías del mundo, es decir, aprovechar a los carniceros israelíes que no solo hacen todo lo posible por aniquilar el «terrorismo palestino», hoy identificado con Hamás, sino que lo hacen con métodos particularmente crueles y brutales —algunos líderes europeos declararon ante las cámaras que masacrar a decenas de miles de civiles, en su mayoría mujeres y niños, era «demasiado», «inaceptable», salvo seguir armando hasta los dientes al ejército de Tel Aviv y continuar colaborando a través de sus universidades y organismos científicos con las universidades y los institutos de investigación israelíes—para erradicar de Palestina a toda la población palestina culpable de generar continuamente masas de «terroristas».

¿Qué mejor que combatir el «terrorismo palestino», que renace de sus cenizas cada década bajo otras siglas, con un terrorismo poderosamente superior, con un terrorismo llevado a cabo por el Estado israelí, a su vez sostenido y apoyado en todos los planos por el imperialismo terrorista más poderoso del mundo, el estadounidense?

Hasta ahora, la clase burguesa, no sólo israelí o estadounidense, sino de todos los países, ha demostrado y sigue demostrando con hechos que defiende sus privilegios, su poder, su sistema de explotación del trabajo asalariado, con todos los medios, y cada vez más con medios militares y terroristas. La clase burguesa sabe por experiencia que el peligro más grave que puede correr no es el de una guerra entre Estados imperialistas, ni siquiera el de una guerra atómica, porque incluso de una guerra atómica sacaría beneficios y ganancias, sin importarle cuántos cientos de miles o millones de seres humanos serían masacrados. La superdemocrática América no lo pensó dos veces antes de enviar, el 6 y el 9 de agosto de 1945, sus bombarderos con bombas atómicas sobre los cielos de Hiroshima y Nagasaki, como la superdemocrática Inglaterra no lo pensó dos veces antes de enviar su mortífera escuadrilla de bombarderos a Dresde entre el 13 y el 15 de febrero de 1945 para arrasarla con bombas explosivas e incendiarias (de fósforo). El odio que la clase burguesa es capaz de acumular hacia las clases burguesas enemigas no tiene límites, pero, una vez terminada la guerra, las respectivas burguesías «hacen las paces» y vuelven a hacer negocios juntas, a la espera de las siguientes crisis que las llevarán de nuevo a la guerra.

El odio que cada clase burguesa siente, en cambio, hacia el proletariado, hacia las masas de cuya explotación extorsiona plusvalía y, por lo tanto, beneficios, es un odio histórico, un odio profundo, un odio natural, *de clase*, que se basa en dos factores sociales decisivos, el primero de carácter inmediato y el se-

gundo de carácter histórico: el primer factor es el hecho de que, para obtener más beneficios del capital invertido, los capitalistas deben explotar al máximo la fuerza de trabajo asalariada, llevando esta explotación a condiciones de fatiga y peligro para la propia vida de los proletarios, a límites que se superan continuamente, lo que explica por qué cuanto más riqueza se acumula en manos de los capitalistas, más aumenta el empobrecimiento y el empeoramiento de las condiciones de vida del proletariado; el segundo factor se refiere a la lucha de clases que el proletariado, en determinadas situaciones históricas, ha desarrollado hasta la revolución antiburguesa y, por lo tanto, anticapitalista, demostrando que no solo el poder político puede utilizarse en favor de las necesidades vitales y la emancipación de la mayoría de la población en todos los países del mundo, sino que ese poder político — que los comunistas llamamos *dictadura del proletariado* — es el único capaz de transformar la economía capitalista, en la que se basa la sociedad burguesa, en economía socialista, haciendo que toda la sociedad dé el salto cualitativo histórico de la división en clases antagónicas a una sociedad sin clases, una sociedad de especies, en la que el fin de la producción no es el beneficio capitalista, sino la satisfacción de las necesidades de la vida social de todos los seres humanos. Pues bien, las revoluciones de 1848 en Europa, la Comuna de París de 1871 (la primera experiencia concreta de dictadura del proletariado), el Octubre ruso de 1917 y la posterior formación de la Internacional Comunista, a la que todos los proletarios del mundo miraban como faro de la revolución proletaria mundial, son la demostración de que la lucha de clases del proletariado está proyectada históricamente para revolucionar todo el mundo capitalista y burgués. ¿Qué perdería la clase burguesa con la victoria de la revolución proletaria? El poder político, sin duda, y con él el Estado que centraliza su fuerza militar para defender sus intereses de clase; pero no solo eso, perdería su existencia como clase dominante, como clase que se apropia de toda la riqueza social producida por el trabajo del proletariado: en dos palabras, desaparecería de la faz de la tierra. El espectro del comunismo que rondaba por la Europa de 1848, como recordaba el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels, no ha desaparecido. La contrarrevolución burguesa, que se reforzó con la llegada del estalinismo en los años veinte del siglo pasado, ha logrado hasta ahora una continuidad del poder político burgués y antiproletario durante cien años. Esto da a la burguesía de todo el mundo la impresión de ser invencibles, capaces de ejercer su poder con toda la ferocidad de la que son capaces, masacrando a millones de poblaciones indefensas y destruyendo el medio ambiente con su desastroso sistema económico con el único fin de acumular beneficios y capital. Pero, desde el punto de vista histórico, es una impresión que han tenido todas las clases dominantes en las diferentes épocas, desde la esclavista hasta la feudal, y que la clase burguesa capitalista no ha hecho más que heredar. Lo que les sorprenderá y volverá a sembrar el terror en sus círculos de poder, más o menos públicos, más o menos ocultos, será una vez más el renacimiento del movi-

miento proletario revolucionario, un movimiento que no nace por casualidad ni por la voluntad de algún «líder» visionario, sino del sustrato económico del propio modo de producción capitalista, en el que se genera el antagonismo entre los intereses generales de la burguesía y los intereses generales del proletariado, y no en «un solo país», sino en todos los países del mundo, aunque con diferente fuerza y en diferentes momentos. El hecho histórico es que la propia burguesía utiliza sistemáticamente su antagonismo de clase contra el proletariado en todos los países del mundo, lo que no le impide buscar métodos de gestión del poder que le permitan atraer a su campo de intereses también a parte o gran parte de las masas proletarias cuando estas, después de haber sufrido la derrota más dura y duradera en el terreno de la lucha revolucionaria, han permanecido durante mucho tiempo sin dirección política de clase, sin organizaciones de defensa económica de clase. La derrota del proletariado que el estalinismo, y sus ramificaciones posteriores adaptadas a las tradiciones históricas y sociales de los distintos países, infligieron a nivel mundial, regalaron a la conservación burguesa y capitalista décadas de vida, a pesar de que el desarrollo capitalista se enfrentaba, como había previsto el marxismo desde sus primeros pasos, a crisis económicas, financieras, sociales y bélicas cada vez más graves y profundas.

La ferocidad con la que la burguesía israelí — hoy en día llevada a cabo por sus fracciones de extrema derecha en lugar de por las de «izquierda», que la llevaron a cabo en épocas anteriores — se lanza contra la población palestina con el pretexto del «terrorismo» de Hamás, no es más que un ejemplo más de cómo la clase dominante burguesa, ante crisis económicas y sociales cada vez más agudas, y ante el temor del renacimiento del movimiento proletario de clase, reacciona preventivamente en un intento de sofocar cualquier pequeño germen de reacción clasista contenido en las condiciones de vida cada vez peores de las masas proletarias y proletarizadas palestinas. No sea que su reacción a la opresión mortal a la que están sometidas desde hace más de cien años por parte del terrorismo de Estado de Israel, y a la que responden episódicamente con las armas clásicas de los oprimidos: el terrorismo individual, contagia a las masas proletarias de otros países árabes, o incluso al proletariado israelí, hasta ahora unido en la defensa de los intereses específicos de su burguesía, que lo ha atraído a su campo de defensa a golpe de privilegios económicos y sociales que perduran en el tiempo gracias al apoyo de los Estados Unidos, interesados en que el Estado de Israel no sólo se fortalezca, sino que represente una amenaza seria y superarmada para todos los países de Oriente Medio y el norte de África en caso de que alguno de sus gobiernos pretenda aliarse con las potencias imperialistas adversarias de Washington. El 20 de agosto, Trump hizo una declaración sobre Netanyahu en la que expresó el verdadero sentimiento del imperialismo estadounidense: Netanyahu es un *buen hombre*, un *héroe de guerra*, ¡*es como yo!* Naturalmente, el exterminio de la población civil de Gaza con el fin de apoderarse de la tierra en la que vive desde hace siglos para explotarla de la manera más adecuada para los negocios

israelíes y estadounidenses, se convierte en el medio necesario para cerrar una etapa importante de la solución imperialista de la «cuestión palestina». A continuación, Cisjordania...

Mientras Trump se hace el «grande» con respecto a la guerra en Ucrania, en convivencia con su digno compañero Putin, en el plan general de hacer que sus aliados europeos desempeñen el papel de belicistas con la ilusión de doblegar a Rusia a sus condiciones «de paz» mientras él aspira al Nobel de la Paz, se toma la libertad de regocijarse con las iniciativas militares exterminadoras de Israel que, además, está utilizando la represión militar de Gaza y, próximamente, de Cisjordania, como campo de entrenamiento en vivo de qué medios, qué estrategias y qué tiempos utilizar para ocupar todo un territorio y destruir toda resistencia. Los gobiernos imperialistas, las grandes empresas de armamento y de las tecnologías más sofisticadas dan las gracias, mientras hacen negocios a costa de millones de seres humanos.

Todo esto no desaparecerá con un golpe de mano, no desaparecerá gracias a peticiones y manifestaciones humanitarias, no desaparecerá gracias a las «distanciamientos» de este o aquel gobierno mientras todo sigue exactamente igual. Será la lucha de clases, la lucha que el proletariado deberá finalmente abrazar como su única y decisiva lucha contra toda opresión, toda represión, toda guerra burguesa: la lucha que no tiene como objetivo un acuerdo entre potencias imperialistas, ni una tregua más o menos larga a la espera de que se reanuden la destrucción y la represión, sino la unidad de clase entre los proletarios para que su lucha estimule la solidaridad de clase de los proletarios de otros países, especialmente de los países imperialistas. Grande es la responsabilidad de los proletarios de los países imperialistas y, en este caso, de los proletarios israelíes: un pueblo que oprime a otro pueblo nunca será un pueblo libre, afirmaba Marx. Pero la libertad de la que habla el marxismo no tiene nada que ver con la libertad burguesa, porque esta última se reduce a la libertad de explotar a las masas proletarias del mundo y a los pueblos más débiles del mundo, la libertad de destruir y matar a millones de seres humanos con el único fin de mantener en pie el sistema económico y político del capitalismo.

Los proletarios volverán a recuperar su «espacio vital», que no es otra cosa que el terreno de la lucha de clases, el único en el que todos los proletarios del mundo pueden reconocerse como fuerza social y revolucionaria, una fuerza, esta sí, invencible, porque la historia está de su parte, aunque hoy no se vea, concretamente, una recuperación, ni siquiera mínima, de la lucha de clases. Ante la guerra imperialista mundial que están preparando las burguesías de los grandes países del mundo, el proletariado, si no quiere doblegarse y convertirse en carne de cañón, deberá reaccionar preparando su guerra de clases. Los comunistas revolucionarios, por pocos que sean y por estar presentes solo en algunos países, trabajan hoy por ese mañana.

21 agosto 2025
Partido comunista internacional
(El Proletario)

De los Mozos ha hablado...

(viene de la pág. 1)

Este verano, en una reunión organizada por el Grupo Prisa y consagrada a valorar la situación internacional a la luz de los conflictos bélicos que han estallado recientemente (cínicamente llamada *Foro World in Progress*), uno de estos técnicos burgueses algo más espabilados, José Vicente de los Mozos (1), habló con una claridad poco acostumbrada:

«Europa tiene que seguir evolucionando en su soberanía estratégica. Y eso consiste en asegurar nuestra democracia y valores. Hay que evolucionar en las capacidades, independientemente de los porcentajes de gasto que se acuerden.» Para añadir después «soy optimista. El contexto es distinto que el de la II Guerra Mundial y si trabajamos juntos y queremos que Europa persevere en sus valores toca despertarse» (2)

¿Qué quiso decir De los Mozos con estas afirmaciones, en las que ha tenido la «osadía» de hablar sin el recato habitual y colocar la realidad presente referida al tético pasado de la Segunda Guerra Mundial? Como consejero delegado de INDRA, principal empresa del sector armamentístico español, De los Mozos conoce perfectamente tanto la realidad internacional como la situación española. Y en ambas, sin duda entrelazadas también en su perspectiva, el horizonte es el mismo: *la guerra*. Esta es la idea que en realidad está en todas las cabezas de la clase dominante burguesa, de la misma manera que lo está, al menos en las de sus técnicos y gestores más avezados, las exigencias históricas que plantea esta perspectiva: habrá guerra, luego hay que prepararse para ella.

El punto de partida en esta concepción está claro para todos. La situación creada por la guerra de Ucrania, el viraje realizado por Estados Unidos de una política de coalición con las grandes potencias europeas a una encaminada a supeditarlas a sus intereses inmediatos y a largo plazo y el nuevo panorama que se perfila en Oriente Medio, coloca a Europa en situación de forzar un desarrollo de su sector armamentístico, de sus ejércitos y de su industria tecnológica que le permita, en un plazo de cinco a diez años, incrementar el peso relativo que tiene en el tablero internacional. Es decir, salir de la situación de «proteccionado militar» en que se encuentra ahora mismo, en palabras de Josep Borrell (3). Se trata, en pocas palabras, de dar los primeros pasos en el camino de la futura economía de guerra.

Precisamente ha sido con la participación directa de De los Mozos como líder de INDRA que España ha comenzado a hacer los primeros esfuerzos en ese sentido. Más allá del objetivo del 5% del PIB en inversión militar, que es imposible para el capital español a corto plazo y cuya rúbrica por parte del Gobierno es más una declaración de inten-

ciones que una realidad factible en breve, los movimientos encaminados a crear un gran conglomerado de la industria militar ya han comenzado. Recientemente saltó la noticia de que el Ejército de Tierra, que como es sabido presenta desde hace años serios problemas en lo referido a los vehículos de combate que utiliza, busca proveedor de tanques Leopard, con un contrato estimado de 2.000 millones de euros. Lo normal durante las últimas décadas, desde que la Empresa Nacional Santa Bárbara, última gran fábrica de armamento española, fue vendida a la norteamericana General Dynamics, es que estos contratos caigan directamente en empresas americanas. Pero la fuerza que ha ido adquiriendo INDRA desde el comienzo de la carrera por el rearme europeo (4) ha cambiado esta situación y la pugna entre la empresa española y la propia General Dynamics marca el cambio de época.

No en vano INDRA ha comprado recientemente parte de las instalaciones en desuso de la empresa metalúrgica Duro Felguera con la intención de reconvertirlas para uso militar, evidenciando así el peso que la futura industria bélica española tendrá en el tejido industrial y entre la propia clase proletaria, que ve cómo por primera vez en décadas se crea empleo metalúrgico en una zona que lleva en constante desmantelamiento desde el primer gobierno socialista de los años '80.

Además, INDRA participa junto con la empresa italiana Leonardo y la alemana Rheinmetall en la compra de la división de vehículos militares de IVECO, de nuevo un movimiento que tendrá una gran importancia para la industria española y que condicionará el curso de ésta en las próximas décadas.

Este tipo de movimientos, de los cuales habrá más en un futuro no muy lejano, podría resumirse con números ya que INDRA ha incrementado su resultado en un 88% respecto a los datos de 2024: fabrica más, vende más y lo hace a mayor precio. Pocas industrias pueden decir lo mismo hoy en día. Pero es mejor entenderlo en un contexto que vaya más allá de la cuenta de resultados, porque lo que hay detrás de los éxitos de este *campeón de la industria militar* es la creación de una gran estructura industrial nacional capaz de mantener una producción bélica independiente de otros países a la vez que espolea a la industria secundaria, la compuesta por empresas menores, a seguir el mismo camino. Y, de fondo, de nuevo, la misma idea: aunque aún lejana, la guerra es inevitable.

Más allá de los movimientos que estamos viendo en el sentido de lograr esa autonomía militar (en general, abarcando tanto los aspectos relacionados con la producción como los relacionados con las operaciones bélicas) la situación se decanta de manera tan evidente hacia una situación de preguerra que el propio De los Mozos se atreve a lanzar una comparación con la situación previa a la II Guerra Mundial (5). Con este panorama de fondo, la burguesía

cuenta con dos hechos que se han vuelto bien palpables en los últimos años. El primero de ellos es que la política de bloques salida de la II Guerra Mundial y mantenida con algunas modificaciones tras el estallido de la antigua URSS, ya no puede considerarse definitiva porque resulta de un equilibrio cada vez más inestable, tanto por el lado de aquellas potencias emergentes que reconfiguran el tablero mundial como por el de la hasta ahora hegemónica potencia americana, que está completamente dispuesta a llevar a cabo una política basada en la fragmentación de las áreas de influencia imperialistas tradicionales con el fin de arrebatar cuotas de poder y de beneficio a sus aliados, ahora convertidos en rivales potenciales. La crisis capitalista que, desde 2008 hasta 2014, sumió a las principales potencias imperialistas mundiales en una situación que sus propios propagandistas consideraban *imposible*, implicó una aceleración de las tendencias a la desintegración de las alianzas preexistentes: a medida que el mercado mundial se secaba, cada actor implicado buscaba imponer su propio beneficio por delante de cualquier socio o rival. La fortísima sacudida que la crisis supuso en los cimientos sociales de las potencias imperialistas tuvo su reflejo en la cúspide de la política internacional y el resultado es la situación de desequilibrio permanente actual.

El segundo hecho que la clase burguesa ha podido constatar en estos años es que la clase proletaria ha sido incapaz de oponerse a la guerra. Tanto en Rusia como en Ucrania, en Israel o Palestina, los proletarios de los Estados involucrados directamente en los conflictos abiertos, para los cuales han sido y son aún carne de cañón, no han podido levantar la bandera del rechazo a cualquier guerra imperialista y a la alianza entre clases que la burguesía exige a los trabajadores. Y lo mismo se puede decir de los proletarios de los países capitalistas desarrollados, todos los cuales, cada uno en función de su peso internacional, se han visto involucrados en estas guerras. Especialmente en el caso de la guerra entre Rusia y Ucrania, las implicaciones de esto han sido muy importantes: en todas partes la clase burguesa, a través de sus portavoces más insolentes, ha declarado que existe una contradicción entre el llamado «bienestar europeo» y la guerra en curso y que, en nombre del mantenimiento de la democracia, el primero deberá sacrificarse a la segunda. Así, desde Alemania, que incluso ha modificado su Constitución para facilitar la financiación de la economía de guerra, hasta España, que se ha comprometido a un aumento sin precedentes del presupuesto militar, pasando por Francia, donde la propuesta única de la burguesía son millones de recortes presupuestarios, todas las potencias imperialistas han obligado a sus proletarios a aceptar que el sacrificio de guerra comienza por la austeridad.

La combinación de ambos factores, la certeza de un gran terremoto bélico

cuyos primeros temblores ya casi pueden sentirse y un proletariado inerte e incapaz de levantar una política de clase propia, crea el terreno para que la clase burguesa no sólo prepare la guerra sino para que airee esta preparación sin ningún pudor. La realidad es que en los frentes de guerra de Ucrania y de Gaza no sólo se está ventilando la suerte de los proletarios de aquellos países, sino que se está reforzando la tendencia militarista generalizada en todos los países a la vez que se muestra al proletariado que cualquier respuesta es imposible, contribuyendo con ello a encuadrarlo al servicio de las exigencias de su burguesía. En este sentido, la importancia de las llamadas en solidaridad con la Ucrania invadida o el apoyo a las atrocidades israelíes en Gaza son elementos clave en el disciplinamiento social de los proletarios europeos y americanos: en la medida en que el imperialismo americano (y en menor medida el europeo) se refuerzan en estos frentes de guerra, se fortalece tanto su capacidad para explotarlos dentro de sus propias fronteras como su capacidad para exigirles todos los sacrificios necesarios en la guerra que sin duda vendrá. Evidentemente, lo mismo sucede en el bando contrario, donde la capacidad rusa para mantener una guerra de ya tres años muestra hasta qué punto la burguesía de ese país se ha recompuesto de la fortísima crisis que vivió durante los tiempos inmediatamente posteriores a la caída del anterior régimen.

La clase proletaria puede permanecer aparentemente indiferente ante esta situación. Puede, por ejemplo, tolerar la masacre diaria de miles de palestinos por parte de un Estado que colabora directamente con los Estados americano y europeo en el mantenimiento del orden imperialista en Oriente Medio. Al hacerlo, sin duda, forja la cadena que un día encontrará colocada alrededor de su cuello, permitiendo a sus respectivas burguesías intensificar el dominio que ejercen sobre ella. Pero tarde o temprano la guerra dejará de estar en un horizonte lejano y se volverá una amenaza inminente. Entonces, lo que hoy es un empeoramiento odioso pero soportable de las condiciones de vida y de trabajo se convertirá en una amenaza sobre la propia vida y en una garantía de miseria y sometimiento absoluto a las necesidades de la clase explotadora. El único miedo que la burguesía tiene hoy en día es a que, llegado ese momento, el proletariado se convierta en una amenaza interna para ella. A que toda la fuerza conquistada en las últimas décadas y que sirve para mantener a los proletarios reducidos al nivel de mano de obra y carne de cañón a la que utilizar libremente, no sea suficiente para impedir que estos retomen la vía de la lucha de clase, oponiéndose tanto a la explotación cotidiana en los puestos de trabajo como a las exigencias que lanzará el militarismo nacional en todas partes. La clase burguesa teme mucho más a la amenaza proletaria que a cual-

Intento de pogromo y razias contra los inmigrantes en Torre Pacheco

Una única salida: la lucha de clase, por encima de toda división nacional, étnica o racial

En Torre Pacheco, Murcia, después de varias semanas de supuestos incidentes violentos, siempre achacados a inmigrantes marroquíes (varios de ellos bulos propagados por grupos de extrema derecha en redes sociales) ha tenido lugar un «estallido racista» en el que centenares de vecinos del pueblo, acompañados expresamente por otros centenares de elementos de extrema derecha desplazados hasta allí para participar en los disturbios, se han enfrentado a inmigrantes marroquíes, yendo a buscarles a sus barrios, apaleándoles por la calle, atacando sus establecimientos, etc. Por su parte, los inmigrantes, especialmente los jóvenes, han respondido con contundencia, enfrentándose con los manifestantes y con la policía, dejando varios heridos y algún detenido. De hecho, si se hace caso a la prensa burguesa y a las no menos burguesas redes sociales, los elementos de extrema derecha que prometían expresamente una especie de limpieza étnica expres en el pueblo habrían pagado en sus propias carnes su bravuconería y ni siquiera la ayuda de la policía, la Guardia Civil y la cobertura mediática dada a su favor habría evitado que alguno de ellos haya sido hospitalizado.

Estos sucesos no tienen nada de espontáneos. Desde hace semanas una cosa de este tipo se venía fraguando: primero fue el frustrado intento de un grupo neo nazi de concentrarse frente al centro de menores de Hortaleza (Madrid), luego las manifestaciones contra la violación de una mujer por parte de un maliense en Alcalá de Henares (también Madrid), finalmente Torre Pacheco. Y durante todo este tiempo en varios pueblos y pequeñas ciudades de España han aparecido carteles llamando a la defensa de la «seguridad ciudadana» y a «combatir» a unos supuestos agresores marroquíes... Todo tiene el tono característico de una campaña premeditada, para la cual, desde hace tiempo, se

lleva buscando únicamente un pretexto con el que desencadenar algo como lo de este fin de semana pasado en Murcia.

Torre Pacheco es uno de los pueblos españoles con menor renta per cápita. Según los datos del Instituto Nacional de Estadística, ésta era en 2022 de 9.016 euros. Un dato efectivamente muy bajo si se tiene en cuenta que es uno de los pueblos agrícolas más importantes de la Comunidad de Murcia y que tiene una próspera industria centrada en la transformación agrícola y el sector hortofrutícola (tanto productos para el consumo nacional como destinados a la exportación). ¿Cuál es la explicación para esta aparente discrepancia? Que en Torre Pacheco, como en todo el arco del Sur mediterráneo, desde Almería hasta Murcia, se concentra uno de los estratos del proletariado peor pagados del país; de manera que la pobreza estadística de la región refleja, en realidad, una fortísima polarización social, una distribución económica sustentada en que una clase poseedora, fundamentalmente medianos y pequeños agricultores propietarios de la tierra y del capital necesario para explotarla, emplea a los jornaleros a cambio de salarios de miseria y hambre. La estadística da una visión equivocada de pobreza generalizada, cuando lo que existe es **miseria proletaria y riqueza burguesa**.

Más allá de esto, Torre Pacheco, como el conjunto del campo español, tanto el de interior basado en la agricultura extensiva como el de la periferia donde predomina el ultra moderno cultivo de invernadero, pasa por una profunda crisis que está haciendo que muchas empresas dejen de ser rentables, como consecuencia de la entrada en el mercado mundial de nuevos productores africanos y latinoamericanos. Así, desde 2012, la superficie cultivada en el pueblo ha caído un 52%, de casi 15.000 Ha. a muy poco más de

(*sigue en pág. 18*)

quier desequilibrio internacional, que a cualquier rivalidad intercapitalista, porque la historia le ha mostrado que mientras que de estas siempre se sale con una situación respetuosa para con su dominio de clase, de aquella no se sabe qué puede surgir. Y la amenaza histórica de una nueva Comuna de 1871 o de una nueva revolución soviética de 1917 también permanece en su memoria de clase. Serán los próximos años, convulsos en la medida en que la situación se acelere, los que mostrarán si esa amenaza que el proletariado llegó a constituir vuelve a hacerse realidad.

NOTAS

(1) Se trata del ex director para España de Renault, donde se hizo algo así como el capitán de los intereses del sector automovilístico en España; también ex director de IFE-

MA, donde trabajó sin sueldo y con la única misión de sanear la situación de ese escarpate internacional del capital español. Y que es ahora director de INDRA, a donde ha llegado precisamente por sus méritos a la hora de tomar las riendas de sectores y situaciones críticas.

(2) *El País*, 25 de junio de 2025.

(3) *Ibid.*

(4) Recuérdese que INDRA pertenece en un 28% al Estado a través de la Sociedad Estatal de Participaciones Industriales.

(5) Sin entrar en detalle y sólo en lo referente a los problemas del armamento y de la industria bélica, la II Guerra Mundial estalló en un momento en el que las principales potencias europeas tenían un notable déficit de producción, incluyendo esto a Alemania que, más que ninguna, se vio forzada a entrar en el conflicto en un momento en el que aún estaba muy lejos de haber desarrollado las capacidades y recursos necesarios para ello.

Torre Pacheco (viene de la pág. 16)

7 mil. De acuerdo con los datos que proporciona la Consejería de Economía murciana, esta disminución del cultivo apenas ha implicado un descenso del empleo en la agricultura, que ocupa en el pueblo, aproximadamente, a 14 mil personas, también desde 2012. Pero fuera de la agricultura, los últimos años han implicado un incremento considerable del nivel de ocupación y, por lo tanto, de descenso del desempleo: un 70% más de empleo en la industria, un 45% más en la construcción y un 50% en el sector servicios. Es por ello que el paro ha caído, en el municipio, un 60%.

Estas son las cifras oficiales, que sirven para mostrar, tomando como aproximación los datos de empleo, que la economía de Torre Pacheco padece dos influencias contrapuestas: por un lado, un ajuste entre sectores productivos que caracteriza desde hace años a buena parte del campo español, que hace poco rentable la pequeña producción agraria y que está liquidando una parte de las empresas de este sector cada año. Por otro lado, una recuperación de la producción no agraria respecto a los niveles de la crisis de 2012 y como consecuencia, un aumento del empleo y de la consiguiente importación de trabajadores, vía inmigración legal y/o ilegal. Es una situación generalizada en todo el país: la recuperación económica, la supuesta «bonanza» capitalista, no se produce sin desequilibrios. Aparecen las fricciones entre sectores productivos que se reflejan en enfrentamientos entre diferentes estratos burgueses y pequeño burgueses. Por otro lado, las exigencias por parte del capital (una mano de obra muy barata, que padece unos salarios que son los únicos que permiten la rentabilidad de la inversión realizada) incrementa las tensiones sociales porque la burguesía logra aumentar así la competencia entre proletarios, dirigiendo hacia ese fin todos sus esfuerzos y recursos, propagando los enfrentamientos, dando cobertura a todas las corrientes nacionalistas, racistas y xenófobas... con el fin de expulsar a esos inmigrantes, a los que tanto necesita, sino de disciplinar a los nuevos proletarios y hacer caer sobre ellos el peso del malestar social que el propio desarrollo capitalista genera.

¿Se quiere una explicación acerca de la violencia de estos últimos días? Ahí se tiene. La burguesía, sobre todo una burguesía como la española que históricamente sólo ha logrado mantener las bases de su competencia en el mercado internacional gracias a los bajísimos salarios del proletariado al que explota, requiere mano de obra importada para alimentar la competencia con los proletarios autóctonos y mantener bajos los salarios. La importa en contingentes legales o ilegales y la priva de cualquier derecho, excepto el de ser súper explotada.

En los puntos más crueles y abyectos de este proceso, separa a niños de sus padres, encierra a menores con adultos, da vía libre a las organizaciones criminales dedicadas a la trata de blancas, a la extorsión y al asesinato para que hagan negocio... En defi-

nitiva, trata a los inmigrantes como animales. No hay motivo para sorprenderse por la violencia. Un solo grupo social es culpable: la burguesía, clase criminal por excelencia. Y esto vale tanto para la burguesía española, que hacina, reprime, maltrata y asesina a los proletarios migrantes como para cualquier otra, particularmente la marroquí, que desde hace décadas trata de mantener un control estricto sobre sus «súbditos en el extranjero» desarrollando un amplio sistema de espionaje y represión a través de las mezquitas y los elementos de la pequeña burguesía comerciante: ambas juegan un papel en el mercado de la explotación proletaria.

Los sucesos de Torre Pacheco han sido buscados y casi programados. Incluso en los momentos de relativo auge económico, de cierta -limitadísima- estabilidad, el capitalismo sólo puede existir creando desorden, caos y sufrimiento. Necesita este tipo de situaciones, estas razias alentadas y difundidas por la televisión, para, por un lado, dejar salir la presión que se genera irremediablemente en su sociedad y que se trata de encauzar siempre hacia cualquier forma de violencia contra los proletarios; mientras por otro lado, necesita utilizar ese enfrentamiento, esa violencia, para disciplinar y someter por el miedo a los miles de nuevos proletarios que llegan a España para ser explotados en el campo y en la ciudad. Torre Pacheco les muestra su destino: trabajar en condiciones penosas y estar siempre sometidos a que, con cualquier excusa, se desencadene la violencia contra ellos. En este caso, ha sido una violencia «popular» (la de los hijos de la pequeña burguesía), pero siempre, en toda ocasión, es la violencia institucional y policial. Y esta política no es propia de un sector particular de la burguesía.

Toda la clase burguesa está de acuerdo con ella y la promueve jugando el papel correspondiente a sus intereses en su desarrollo. Los grupos nacionalistas tipo VOX y sus satélites callejeros, azuzan abiertamente los intentos de pogromos. Pero el gobierno de coalición PSOE – SUMAR deja hacer, permite la movilización de los grupos de extrema derecha, se niega a enviar a la policía y, cuando lo hace, les ordena reprimir a los inmigrantes que se defienden y no a los fascistas que pretendían «cazarles». La confluencia, e incluso la coordinación técnica, entre todas las fuerzas de la burguesía es un hecho: los sucesos de Torre Pacheco no habrían tenido lugar si el Ministerio del Interior de Grande Marlaska (del PSOE), el mismo que ha mandado detener a más de 25 obreros del metal en Cádiz, no lo hubiera permitido.

Los sucesos de Torre Pacheco se parecen, como dos gotas de agua, a los que tuvieron lugar en El Ejido hace 25 años. Entonces, un caso de violencia similar al de la semana pasada desencadenó días de persecuciones de trabajadores magrebíes, incendios de sus casas, intentos de asesinato... todo con la complicidad de las autoridades, que también entonces consideraban necesario dar una lección a un proletariado al que querían enseñar qué significa realmente «convivir». Pero entonces, hace 25 años, los proletarios de El Ejido y parte del Campo de Níjar respondieron con una fuerza que nadie esperaba: convocaron una huelga salvaje en toda la zona, abandonaron los puestos de trabajo y cortaron de raíz la violencia ejercida contra ellos, al menos temporalmente. A la agresión por

parte de la pequeña burguesía local, dueña de tierras, fábricas y comercios, respondieron con el arma proletaria por excelencia: la huelga.

Por supuesto, la victoria de los trabajadores no fue permanente. Pararon las razias, cierto, pero la violencia siguió y sigue presente. Periódicamente llegan noticias de incendios de campamentos de chabolas donde viven los trabajadores, de violaciones a mujeres migrantes, de palizas a jóvenes... todos ellos actos de demostración ejercidos por la burguesía local para sembrar el terror sobre las masas proletarias.

Los proletarios de Torre Pacheco, como los de todas partes, ya sean autóctonos o extranjeros, sólo tienen una vía para afrontar sucesos como los de estos días: la lucha de clase. Esta lucha significa **reconocer que existen unos intereses comunes, por encima de raza, nacionalidad, sexo, edad... que unen a toda la clase trabajadora**: la necesidad de resistir al capital, de rechazar sus exigencias, que serán siempre más explotación y peores condiciones de vida. Pero también significa entender que la solidaridad de clase, el rechazo a colaborar con la clase burguesa dominante, con la patronal, con sus partidos, con sus fuerzas represivas, es un deber del cual el proletariado nativo, el que disfruta de unas condiciones económicas y sociales mejores que sus hermanos de clase inmigrantes, no puede negarse. No puede (¡no debe!) solidarizarse en ningún caso con los intereses de «su» burguesía, no puede hacer frente común con «sus» empresarios, contra aquellos trabajadores que se encuentran en peores condiciones, esperando con ello mantener una situación algo mejor a costa del sufrimiento del resto de proletarios.

Lamentablemente, la política de la colaboración entre clases ha influenciado e influencia aún a buena parte del proletariado español, convirtiéndose en moneda común para el proletariado durante demasiado tiempo. Es por ello que algunos proletarios llegan a secundar las consignas racistas y xenófobas, en las que se manifiesta la solidaridad interclasista, de movilización junto a elementos de otras clases sociales, con los que piensan poder obtener ventajas sociales. La clase burguesa, en realidad, teme al proletariado migrante, que engrosa las filas de la clase trabajadora española pero que no disfruta de las ventajas de esa colaboración que se ha dado durante décadas: eso le hace más susceptible de rebelarse contra las condiciones de vida inhumanas, contra la explotación salvaje que padece y dar ejemplo de cuál es la vía que tomar al retorno de la lucha proletaria en defensa exclusiva de los intereses de clase proletarios, la vía que nosotros llamamos de la lucha de clase.

¡Solidaridad de clase
entre proletarios,
autóctonos y extranjeros!
¡Contra las razias y la violencia burguesa de todo tipo,
una única vía: la lucha de clase!

13/07/2025
Partido Comunista Internacional

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:
www.pcint.org

Desde el mundo del trabajo (viene de la pág. 20)

alrededor a centenares de empresas a las que subcontrata. El capital variable, los proletarios en nómina, se reduce a su mínima expresión y se crea una masa de proletarios empleados temporalmente, con condiciones de contratación pésimas, que se requiere, o no, en función del volumen de trabajo. Precisamente es esto lo que la reforma laboral de 2022 vino a sancionar legalmente con la consolidación y extensión del contrato conocido como «fijo discontinuo», con el que se trató de facilitar este sistema de contratación para mayor gloria de la patronal. Por otro lado, la situación general de la clase trabajadora en la bahía de Cádiz es penosa. Se trata de la región del país con mayor tasa de desempleo, con uno de los niveles de temporalidad más elevados... hasta el punto de que en algunas zonas los jóvenes desempleados ya encuentran más beneficio en trabajar para el narcotráfico que en seguir esperando empleos que nunca llegan. Ambos vectores contribuyen a crear en Cádiz una clase proletaria ultramoderna en la que incluso el empleo industrial es precario, en la que los sueldos se pagan en función exclusiva de la previsión de carga de trabajo y en la que la gran burguesía, vinculada por supuesto a la industria pública que es el centro dinamizador de esta tendencia, rechaza cualquier tipo de responsabilidad sobre la clase proletaria a la que explota.

Es esta clase proletaria la que ha hecho huelga en Cádiz. La que está empleada en una miríada de pequeñas y minúsculas empresas, la que trabaja dispersa y aislada de las grandes factorías, la que padece unas condiciones que parecen atrasadas pero que responden a las dinámicas más modernas del capitalismo desarrollado, la que ha visto su miseria crecer a la sombra de la economía estatalmente dirigida, para regocijo de los defensores del sector público como salvaguarda de los «derechos» de la clase trabajadora. Y es este hecho el que le confiere su verdadera fuerza a la huelga: se trata de un aviso no sólo de las condiciones que los proletarios deberán soportar en el sector industrial en no mucho tiempo, sino de la posibilidad de luchar contra la situación que estas imponen y de arrastrar, de nuevo, a miles de proletarios tras la consigna de huelga a ultranza y salvaje.

Hay otro sentido en el que la huelga de Cádiz supone una prefiguración del futuro. Puede parecer sorprendente la negativa tajante de la patronal gaditana y de sus sindicatos a ceder ni tan siquiera un poco ante las exigencias de los trabajadores. O el esfuerzo que se tomaron por preparar una coreografía tan elaborada en la que permitían unos días de rabia, en la que los trabajadores, jaleados incluso por la prensa, eran presentados como dignos huelguistas, antes de volver contra ellos toda la fuerza de la represión. Se trataba, tanto para la patronal como para el Estado, de bloquear cualquier posibilidad de lucha tan-

to actual como futura, de empeñarse a fondo para que no quedase ningún resquicio en el que apoyar una posterior reanudación de las movilizaciones y las reivindicaciones. Y es en este sentido que se negaron, ambos, a ceder siquiera sobre cuestiones salariales mínimas cuando hubiera sido mucho más sencillo hacerlo, ganar tiempo y en unos meses pasar a la ofensiva, como ha sucedido ya en otras ocasiones.

La realidad detrás de esta situación es que en Cádiz se juega una parte importante de la reconfiguración bélica de la industria española. Allí se está dando uno de los primeros pasos hacia esa *economía de guerra* de la que tanto se habla. Según el diario *El País*, «*El negocio de Navantia -1.528 millones de facturación en 2024, con una cartera de pedidos de 8.100 millones- depende en más de tres cuartas partes del sector de la Defensa y de la exportación*» (2). A esto se suma el que «*El Plan Industrial y Tecnológico para la Seguridad y la Defensa anunciado por el Gobierno, contempla una inversión inicial de 10.471 millones en 2025, pero se cuentan hasta 31 Programas Especiales de Modernización (PEM) para la Defensa, con estimaciones de inversión de más de 34.000 millones en los próximos ejercicios*» (3). Esto significa que Navantia (con plantas en Cádiz, Ferrol y Cartagena) es un puntal central de la inversión bélica española dado que es la principal empresa en gestión de inversión militar y que será, por lo tanto, la que captará buena parte del presupuesto dedicado a ésta en los próximos años. La importancia del sector del metal de Cádiz, con Navantia a la cabeza en el ámbito naval, tiene un alcance, por lo tanto, europeo dado que esta inversión que el Estado español va a realizar en los próximos años se encuentra enmarcado en el plan *Readiness 2030* (inicialmente llamado *ReArmEurope*, mucho más explícito) con el que se pretende sentar las bases de una industria militar europea que garantice la participación de las principales potencias imperialistas del continente en el futuro reparto del tablero mundial con garantías de éxito.

No se trata, por lo tanto, de un mero conflicto laboral. Según los datos proporcionados por Navantia, la huelga implicó demandas por retrasos en entregas de 4,5 millones de euros y el riesgo de revocación de 11 contratos. Este ha sido su alcance real: más allá de tocar el bolsillo de la patronal, afecta a los planes de desarrollo industrial militar en la zona y, por extensión, en toda España. Por eso para la burguesía era imprescindible que la lucha no tuviese éxito y por eso utilizó todos los recursos que tenía disponibles.

La huelga de los proletarios del metal puede entenderse, en este sentido, como un aviso a navegantes: la tendencia militarista del capital español, en consonancia con el resto del mundo, la necesidad por parte de la burguesía de disciplinar a los trabajadores tanto dentro de la fábrica como fuera de ella y la unidad sin fisuras entre patronal y sin-

dicatos son diferentes caras de una misma figura. La difícilísima situación en la que se encuentra el capital europeo, con unos márgenes de ganancia más que ajustados, con una dificultad casi insalvable a redirigir los proyectos de inversión hacia ámbitos rentables, incluso cuando se cuenta con el apoyo del conjunto de los Estados, va a marcar en los próximos años las características de esa tendencia al capitalismo de guerra que hoy comienzan a observarse. A la clase proletaria se le va a exigir obediencia y disciplina, tanto en el ámbito laboral como en cualquier aspecto de la vida social. Sometimiento a las exigencias de la economía nacional, que cada vez se identificará más con la producción bélica; aceptar las exigencias que planteará la economía de guerra será uno de tantos sacrificios que veremos imponerse por todas partes.

Sólo si se entiende la huelga de Cádiz como un episodio de rechazo a esta situación que pasa lentamente de amenaza a realidad se comprenderá su alcance real, que va más allá de una derrota puntual porque pretende convertirse, con el tiempo y si sirve para mostrar un camino que deberá seguir toda la clase proletaria, en una victoria. Los proletarios del metal, que han sido capaces de luchar durante más de diez días seguidos con la patronal, los sindicatos y el Estado en su contra y atacándoles sin tapujos, que han sido capaces de revivir las formas válidas de la lucha proletaria, la huelga salvaje, los piquetes, la solidaridad entre sectores, etc. y que han logrado incluso levantar cajas de resistencia frente a la represión, muestran que el capitalismo será siempre constante al menos en una cosa: en la posibilidad de que la clase proletaria se levante contra él y luche por romper sus cadenas.

NOTAS

(1) Tomar a los niños como rehenes es una táctica policial clásica: durante los años de auge del terrorismo de ETA cada nueva comisaría construida se levantó en las inmediaciones de un colegio, para «disuadir» a ETA de utilizar coches bomba o para, al menos, lograr réditos políticos si lo hacía. ¿Alguien duda de que, en caso de necesitarlo, cualquier gobierno burgués, criminal por definición, actuaría contra los niños como lo hace Israel con los palestinos?

(2) *El País*, domingo 10 de julio de 2025.

(3) *Ibid.*

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pinguino, nº 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).

Desde el mundo del trabajo...

Sobre la huelga del metal de Cádiz

En el último número de *El Proletario*, aparecido pocos días después de que terminase la huelga del metal de Cádiz, publicamos un artículo (*Cádiz: la vía de la lucha de clase*) con el que buscábamos contribuir con algunos puntos, por limitados que fuesen, a la valoración de esta lucha, algo que necesariamente debe realizarse por parte de los proletarios que han visto en ella una referencia importante en un momento de abrumadora paz social. Lo que sigue debe entenderse como una continuación de aquel artículo y, por lo tanto, como un intento de ahondar en las partes de aquel que no pudieron ser tratadas con el detenimiento necesario.

La huelga en la Bahía de Cádiz ha tenido unos ecos en apariencia contradictorios. Por un lado, las grandes organizaciones sindicales, con CC.OO. y UGT a la cabeza, han hecho como si no hubiera tenido lugar. No sólo se han encargado, dentro de Cádiz, de intentar romperla y enviar a los trabajadores de vuelta al trabajo sin tan siquiera luchar, sino que, fuera de la bahía, se han negado a mover un dedo para mostrar al resto de trabajadores, especialmente a los del metal, que en el conjunto del país arrastran varios años de movilizaciones salteadas pero continuas, la fuerza real de unas movilizaciones que por primera vez en mucho tiempo han puesto la cuestión de las condiciones de vida reales de los proletarios en el centro de las reivindicaciones exigidas. En esto no hay nada de lo que extrañarse: este tipo de organizaciones, que actúan en buena medida como gestores paraestatales de la fuerza de trabajo proletaria, tienen como una de sus tareas principales ahogar cualquier conato de lucha obrera, desactivar aquellos que se dan y contribuir a la represión de los que llegan a desarrollarse por encima de unos límites mínimos. Nadie podía esperar que en este caso sucediese algo diferente y, efectivamente, a su labor de revienta-huelgas en Cádiz han superpuesto su esfuerzo por desvincular la lucha de estos trabajadores de cualquier otro sector que esté en condiciones similares, empezando por el propio sector del metal de Cartagena, que también protagonizó una huelga larga y enconada contra la patronal en condiciones muy similares.

La otra cara de la recepción que esta huelga ha tenido fuera de Cádiz ha sido completamente diferente. Desde la huelga anterior, en 2021, cuando aquella tanqueta del Gobierno socialista entró en la barriada obrera de Río San Pedro para reprimir a los huelguistas, las movilizaciones del metal en aquella ciudad tienen un carácter hasta cierto punto emblemático: toda la política social del Gobierno del PSOE (aliado primero con Podemos, precisamente en el momento de la tanqueta, y con Sumar después) y todas las medidas laborales pregonadas

por la ministra del Partido Comunista de España, Yolanda Díaz, quedaron retratadas cuando la Policía Nacional disparó botes de humo a los colegios de Río San Pedro para obligar a los manifestantes a retirarse (1). La actuación represora de la policía enviada por el PSOE y Podemos, la defensa abierta por parte del Gobierno de la patronal gaditana frente a los trabajadores y el posicionamiento de toda la morralla intelectual que secunda a aquel justificando la situación, fue algo que sobrepasó el mero carácter simbólico y pretendió mostrar a todos los proletarios, que salían entonces de un largo año de medidas de ajuste económico causadas por la política anticovid, que no podían hacerse ninguna ilusión acerca de la dureza con la que el «gobierno más progresista de la historia» iba a responder a cualquier tentativa de romper la paz social. De la misma manera que hoy, cuando los proletarios aún padecen las consecuencias de una política propatral que ha permitido mantener los sueldos en niveles bajísimos para compensar la escalada inflacionaria de los últimos tres años, tanto PSOE-Sumar como CC.OO., UGT y quienes les apoyan (PCE, Bildu, ERC, etc.) lanzan un mensaje claro a toda la clase trabajadora: si la salida de la crisis de 2008-2014 ya se realizó sobre sus espaldas, cualquier exigencia que plantee la clase burguesa volverá a imponérselo a los proletarios con toda la fuerza y energía necesaria.

Pero esta claridad con la que la burguesía española y su Gobierno de izquierdas han mostrado su disposición a impedir que los proletarios se salgan siquiera un poco del guión que les han escrito se queda en nada si las verdaderas lecciones de la huelga del metal en Cádiz y de la combatividad y el arrojo de los miles de proletarios que la han llevado a cabo no se llegan a entender y todo se limita al aplauso y la «admiración» inanes que transforman una -limitada pero importantísima- experiencia de lucha reciente en un producto exótico tan inofensivo como quienes lo publicitan así.

De alguna manera la huelga de Cádiz puede entenderse como una prefiguración de muchos conflictos que vendrán y se desarrollarán en condiciones similares. Basta con echar una ojeada a la realidad social de la huelga para comprobarlo. El sector del metal suele tener, en casi todas las regiones del país, unas condiciones laborales mejores que las que existen en otros ámbitos. Sin ser lo que fue hace décadas, un empleo en la industria metalúrgica (incluyendo en ella la automoción) suele ser considerablemente mejor que cualquiera de la multitud de empleos en la pequeña industria, la logística o el llamado sector servicios, donde se ocupa hoy la mayor parte del proletariado. Contrariamente a las visiones abiertamente pro burgue-

sas que ven en esta realidad un motivo para defender la política interclasista de los sindicatos de concertación y argumentan que estas mejores condiciones laborales son debidas a la presencia en el sector del metal de unos sindicatos con mayor número de afiliados, etc., que en otros sectores, la realidad es que esta situación debe interpretarse en un sentido dialécticamente opuesto: las mejores condiciones son en gran medida el precio que la burguesía paga por la paz social en un sector históricamente más combativo y los sindicatos presentes en él son los encargados de negociar los términos de esta parálisis de la combatividad. No es casualidad que en la literatura económica burguesa que trata sobre la realidad laboral se trate a este sector como una de las llamadas «islas de empleo» que, junto al sector público y otros, garantiza a los trabajadores cierta estabilidad a cambio de su renuncia a la tradición de lucha que históricamente les caracterizó. Un proletariado antaño capaz de arrastrar tras de sí, gracias a su fuerza y su posición central en el aparato productivo, a otros sectores más dispersos y débiles de la clase, juega hoy un papel estabilizador para la burguesía por el mismo motivo. Esto no significa que los proletarios del metal se hayan convertido en ningún tipo de aristocracia obrera «vendida» a la patronal, pero la guerra de competencia que la burguesía fuerza entre los proletarios le ha llevado a tratar de neutralizar a este sector y tratar de imponer condiciones cada vez peores a los trabajadores de otros ámbitos.

Pero el sector del metal gaditano presenta diferencias considerables respecto al de otras partes del país. Por un lado, la relativa decadencia de la industria metalúrgica en toda la zona de la bahía, sobre todo de la dedicada a la construcción naval (que desde la década de los 90 entró en los planes de «reconversión» auspiciados por la burguesía europea en el largo proceso de centralización capitalista abierto tras la crisis de 1978) ha rebajado las condiciones laborales en este sector exacerbando las tendencias que en otras zonas aún se encuentran en fase relativamente embrionaria. Así, la fragmentación de la cadena productiva ha llevado a mantener una matriz (Navantia) que recibe la contratación de los pedidos y que mantiene a su

(sigue en pág. 19)

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid.

Para Italia : Ed. Int., Vía Comasina 81, 20161 Milano.

Para Francia : Programme, 15 Cours du Palais, 07000 Privas.

Para Suiza: Para contactar, escribid a la dirección de Francia.

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org